

Narrar Memorias de Mujeres

Anyela Gysel Botina Chachinoy

Universidad de Nariño

Facultad de Ciencias Humanas Y Sociales

Licenciatura en Filosofía y Letras

San Juan de Pasto

2022

Narrar Memorias de Mujeres

Anyela Gysel Botina Chachinoy

Trabajo de Grado

ASESORA:

Mg. Adriana Pabón Gaviláñez

Universidad de Nariño

Facultad de Ciencias Humanas Y Sociales

Licenciatura en Filosofía y Letras

San Juan de Pasto

2022

NOTA DE RESPONSABILIDAD

“Las ideas y conclusiones aportadas en el trabajo de grado son responsabilidad del autor”

Artículo 1 del acuerdo N ° 324 de octubre 11 de 1966, emanada del Honorable Consejo
Directivo de la Universidad de Nariño

NOTA DE ACEPTACION

El trabajo de investigación titulado: “Narrar memorias de mujeres” presentada por Anyela Gysel Botina Chachinoy en cumplimiento parcial de los requisitos para optar al título de Licenciada en Filosofía y Letras, fue aprobado por:

Director asesor

Jurado

Jurado

DEDICATORIA

*A todas las mujeres de mi linaje que me permitieron habitar su cuerpo antes de nacer,
a la que amamantó mi hambre de afecto y me enseñó a orar.
A todas las que me arrullaron con sus cantos, me acunaron en sus brazos, aullaron a la luz de la luna,
el día que me hice mujer y me parí a mí misma.*

RESUMEN

La creación de la colección de cuentos “Narrar Memorias de Mujeres” surge a partir de las memorias de las mujeres López en el corregimiento de Catambuco y permite reconocer la importancia de la escritura como un acto político y social que las ubica como protagonistas de la historia de los pueblos y logra resignificar los lazos sociales que se establecen entre ellas y la sociedad. Así pues, este trabajo de investigación para la creación literaria buscara rescatar las historias de vida de las mujeres de una comunidad a través de la oralidad y las distintas prácticas en las que ellas han sido socializadas.

Por otro lado, la colección de cuentos “Narrar Memorias de Mujeres” se convierte en un pretexto para indagar sobre el origen de la narración y su relación con los conocimientos; puesto que la narración se entiende como un mecanismo de la memoria, ya que es un tamizador de la experiencia social que delimita los aprendizajes que son importantes conservar. Por lo que narrar las historias de vida de las mujeres López destaca su experiencia dentro de una comunidad, sus formas de habitar el lenguaje, de preservar los rituales y de memorar como un acto que hace tangible la existencia de la mujer en el mundo, como también, narrar desde la voz de las mujeres visibiliza la conquista de la dignidad que busca justicia frente a hechos de violencia que se han ejercido históricamente sobre ellas.

Así pues, se entiende el ejercicio de creación literaria como una elaboración de la memoria individual y colectiva, que permite revelar el sentido de las emociones y pensamientos que se heredan de generación a generación, y que, por medio del juego con el lenguaje se logran resignificar los hechos del pasado y se permite el alivio a las heridas morales causadas por la

violencia patriarcal haciendo de la palabra un medio catártico para la sanación personal y colectiva.

Palabras clave: creación literaria, narración, historias de vida, feminismos, memoria.

ABSTRAC

The creation of the collection of stories "Narrar Memorias de Mujeres" arises from the memories of the López women in the village of Catambuco and allows us to recognize the importance of writing as a political and social act that places them as protagonists of the history of the peoples and manages to re-signify the social ties that are established between them and society. Thus, this research work for literary creation will seek to rescue the life stories of women in a community through orality and the different practices in which they have been socialized.

On the other hand, the collection of stories "Narrar Memorias de Mujeres" becomes a pretext to inquire about the origin of narration and its relationship with knowledge; since the narration is understood as a mechanism of memory, for it is a sieve of the social experience that delimits the learning that is important to preserve. Therefore, narrating the life stories of the López women highlights their experience within a community, their ways of inhabiting language, preserving rituals and remembering as an act that makes the existence of women in the world tangible, as also narrating from the voice of women makes visible the conquest of dignity that seeks justice in the face of acts of violence that have historically been exerted on them.

Thus, the exercise of literary creation is understood as an elaboration of individual and collective memory, which allows revealing the meaning of emotions and thoughts that are inherited from generation to generation, and that, through play with language, the events of the past are re-signified and the moral wounds caused by patriarchal violence are relieved, making the world a cathartic means for personal and collective healing.

Keywords: Literary creation, narration, life stories, feminisms, memory.

Tabla de Contenido

Introducción	11
Capítulo I: El Acto De Narrar	12
1. Narración y Lenguaje	12
2. El Acto de Narrar Entre el Saber- Poder	14
3. Narración y cotidianidad.....	21
3.1. Narración y Mapa Semiótico	22
Capitulo II: Narrar las memorias de las mujeres.	29
1. Memoria y Tradiciones.....	31
2. Voz narrativa de mujeres	39
2.1. El pereque.....	40
2.2. La cantaleta	42
2.3. El chisme.....	43
3. Narrar las Violencias que se Ejercen sobre las Mujeres	45
3.1 Memoria, Verdad y Justicia	50
Capitulo III: Crear narrativas a cerca de las memorias de las mujeres.....	54
1. Creación de Arquetipos Narrativos	54
2. Aproximación de arquetipos femeninos en la tradición oral Catambuqueña.....	59
Capitulo IV: Colección de Cuentos Narrar Memorias De Mujeres.....	73
El Nacimiento De Una Ausencia.....	76
La Historia Que No Quería Contar.....	90
Elvira.....	94
Mamá Domitila.....	100
Los pájaros rojos.....	103
El Álbum Familiar	107
Relatos Maternos	112
Conclusiones	118

Bibliografía	119
---------------------------	------------

Tabla de Ilustraciones

Ilustración 1 Minga para la construcción de la Basílica Nuestra Señora de Guadalupe.	33
Ilustración 2 Mujeres rinden culto a la Virgen de Guadalupe.	34
Ilustración 3 Tejido elaborado con lana virgen para refajo.	36
Ilustración 4 El sueño de Tartini	38
Ilustración 5 Virgen Guadalupeana.....	65

Introducción

La creación de textos narrativos a partir de las memorias de las mujeres de una familia en el corregimiento de Catambuco en Pasto, Colombia; nos acerca a un campo de experiencia para la exploración de la escritura, además, permite ubicar a las mujeres como narradoras, escritoras y protagonistas de su propia historia. Así pues, lo que quisiera sustentar en este texto es que, los significados del acto de narrar siempre están abiertos, en tanto que exista la experiencia humana, en este caso particular, profundizar en las formas de narrar de las mujeres desde sus memorias.

Este trabajo, entonces, se dividirá en tres partes. La primera profundiza en el acto de narrar, en tanto un acontecimiento humano que se abre a la posibilidad de la experiencia que es diversa y única, esto muestra que existen múltiples modos de narración con particularidades esenciales. En la segunda parte del texto, se analizan los múltiples modos de narración que se construyen a partir de la experiencia de ser mujer en una comunidad. Finalmente, una vez presentado el componente conceptual sobre el cual se fundamenta este trabajo, la tercera parte presenta una colección de cuentos titulada “Narrar Memorias de Mujeres” donde se evidencia el proceso de investigación y creación literaria.

Capítulo I: El Acto De Narrar

1. Narración y Lenguaje

Para autores como Ricardo Pligia (2007), el concepto de narrar se entiende como una práctica social estable, es decir, siempre contamos historias y seguiremos haciéndolo. En ese sentido, el acto de narrar es un suceso que está vinculado al nacimiento mismo del lenguaje; ya que este, evoca imágenes, referencia lugares, cosas, personas, también permite expresar los acontecimientos internos del ser humano como los pensamientos, los sentimientos y emociones. Se puede decir entonces que, el lenguaje evidencia la relación que el ser humano establece con su entorno y, además, crea sentidos en el mundo. Así pues, es en el acto de narrar que la realidad del otro existe para todos.

De manera que, a partir de esta indagación sobre los orígenes del narrar se encuentra que esta acción humana está vinculada a el surgimiento del lenguaje, pues es ahí, donde se tejen los conocimientos, la memoria y la identidad, de modo que, el lenguaje se sitúa en el centro mismo de la conformación de la cultura. En ese sentido, desde el campo de la antropología lingüística se define el lenguaje como “un conjunto de prácticas que desempeñan un papel esencial en la mediación de aspectos materiales e ideativos de la existencia humana y, en consecuencia, en la creación de maneras singulares de estar en el mundo” (Duranti, 2000, pág. 23). Es decir que, el lenguaje tiene una función social, comunicativa y práctica. Ya que el lenguaje no se limita a la representación de signos lingüísticos, sino que, además, estos signos construyen afinidades y diferencias culturales; las cuales no pueden ser neutras, sino son dinámicas, puesto que hacen parte de un discurso situado, en el que, el lenguaje se transforma junto con los escenarios sociales de una cultura. Como afirma Duranti (2000):

Los antropólogos lingüistas parten del presupuesto que de que hay dimensiones del habla que solo pueden captarse si estudiamos lo que la gente hace con el lenguaje, relacionando las palabras, los silencios y los gestos con el contexto en que se producen estos signos.

Una consecuencia de esta postura programática ha sido el descubrimiento de las muchas formas en que el habla es acto social y, como tal, sujeto a las restricciones de la acción social. Asimismo, nos ha permitido entender como el habla produce acción social y tiene consecuencias para nuestros modos de estar en el mundo y, en última instancia para la humanidad. (p.30)

Se puede comprender que, el lenguaje como una práctica social tiene muchas formas de manifestarse y, una de estas es, el acto de narrar. Esta práctica surge con el mismo lenguaje y posee características y funciones en la construcción de una comunidad. Ya que nadie cuenta por contar, ni todo lo que se cuenta tiene igual de importancia para todos. En ese sentido, contar una historia o narrar un suceso es una práctica en la que se construyen y heredan sentidos. De hecho,

Las narrativas se inscriben en un mundo de significaciones sociales específicas que les atribuyen sentido a las acciones de los sujetos estudiados en situaciones concretas. Las narrativas median en la emergencia de las construcciones de la realidad y son vehículos poderosos en la socialización de valores y visiones del mundo entre quienes comparten un espacio sociocultural. (Ochs & Capps, 1996, pág. 13)

En resumen, narrar hace parte de la construcción del lenguaje e incluso se encuentra en los orígenes de este, ya que, en el proceso de transmisión de conocimientos y saberes, el ser humano crea narrativas a través de su corporalidad, oralidad y escritura. Así pues, la transmisión de estos conocimientos es lo que sustenta las comunidades. Por ende, las narrativas son producto de la cultura y es importante reconocer que algunas de estas se encuentran inmersas en los

discursos que privilegian narrativas que ubican a las mujeres como seres pasivos, dependientes o en un segundo plano de la historia.

2. El Acto de Narrar Entre el Saber- Poder

Ahora bien, etimológicamente narrar se define como “el que sabe” “el que conoce”, se entiende que, las formas narrativas tienen relación con la experiencia humana y con los aprendizajes, pues las comunidades se sustentan en base de las experiencias de los demás y esta comunicación juega el papel de protección, alimentación, cuidado de los rituales, entre otros. Así pues, narrar es conocer, ya que a través de este acto se perpetúan los saberes importantes de una comunidad, y su nivel de importancia hace que estos conocimientos se traspasen de generación en generación por medio de la oralidad y los textos escritos. De hecho, se puede afirmar que:

En más de un caso, narración y la oralidad confluyen para reconstruir experiencias pasadas, y así reordenar el proceso social de una colectividad. Y es eso justamente lo que le da vigencia a anteriores prácticas, saberes y procederes. La oralidad fue el primer camino que siguió la comunicación del pasado. Un rasgo que destacar en el caso de la memoria indígena es esa cualidad de comunicarse de manera hablada de una generación a otra, de un grupo a otro, de una persona a otra [...] Esta naturaleza de la memoria indígena explica su tendencia a la repetición, su obsesión por contar una y otra vez la misma historia para conjurar el riesgo del olvido. (Mendoza García, 2004, pág. 8)

En ese sentido, es importante mencionar que las culturas de los territorios latinoamericanos fueron atravesadas por la colonización, y que, como consecuencia de este suceso, los saberes de estas comunidades fueron estigmatizados como primitivos y supersticiosos, a tal punto, de que hoy en día, ya no se logra descifrar los códigos de estas

lenguas. Como resultado los conocimientos que se encontraban materializados en pinturas, escritos, entre otros, no se han logrado descifrar, algunos se han perdido y otros siguen existiendo como practicas marginadas. Un ejemplo de esto, lo encontramos en los quipus que se fabricaban en el imperio inca y estudiosos del tema afirman que, este sistema designaba un número o un símbolo a las cosas del mundo, de hecho:

El quipu o khipu (del quechua khipu, "nudo") consiste en una cuerda de la que cuelgan otros cordeles (a veces centenares o miles) de diversos colores, anudados. Gracias a ellos, los quipucamayos o especialistas en quipus incas dejaban constancia de todo aquello que tuviese importancia para la administración del imperio (tributos, censos, cosechas), incluso relatos mitológicos, genealogías de gobernantes o poemas épicos. (National Geographic Society , 2021)

Así pues, los mensajes de los quipus aún no se han logrado descifrar, debido a los prejuicios que recaía sobre esta forma de escritura. Sin embargo, se conoce aún de su existencia debido, a que, en su momento, los colonizadores se percataron que tenían un uso productivo y permitieron su práctica. Esto lleva a pensar que, un conocimiento es aceptado y valido, en tanto, se adapte a la comprensión de una lógica. Sin embargo, pierden el sentido por el que fueron creados, por ende, se transforma o altera la identidad cultural de donde surgieron. Así pues, estos saberes quedan relegados a una forma primitiva de la escritura e incluso se llega afirmar que no son escritura, despojando a los pueblos de sus conocimientos y experiencias. Esto se evidencia a continuación:

En un primer momento, los quipus fueron perseguidos por los españoles, al considerar que fomentaban la idolatría. Pero al poco tiempo, las mismas autoridades que habían ordenado quemarlos en grandes hogueras, se dieron cuenta de su utilidad para llevar la

contabilidad de las poblaciones indígenas y fomentaron de nuevo su uso, aunque con un nuevo "lenguaje", adaptado a las necesidades coloniales y que nada tenía que ver con el del periodo inca. (National Geographic Society , 2021)

Igualmente se destaca de estos hechos que, una comunidad guarda sus conocimientos en la memoria y las practicas, por lo cual, al olvidar o marginar las formas de representación de su experiencia, también se está rompiendo su identidad colectiva. En consecuencia, el olvido y la marginación de los actos de narrar propios, lleva a que, los sujetos de una comunidad sean despojados de sus conocimientos y, por lo tanto, la existencia entendida como un hilo narrativo se rompe, por lo cual, el olvido se manifiesta como una forma de no existencia o anulación, siendo una práctica violenta, pues lleva a las comunidades a desconocer su historia, arrebatándoles la dignidad, pues no se les reconoce como sujetos validos de conocimiento, y por ende, se los condena a la ignorancia, la pobreza y la invisibilizacion.

Se puede decir que, el acto de narrar es una práctica en el que las comunidades representan y heredan sus conocimientos. No obstante, en el caso de los pueblos latinoamericanos esto se mira obstaculizado por otros factores que han estigmatizado sus formas de narrar, y que, en consecuencia, han marginado a las comunidades. Puede decirse que, el acto de narrar es una práctica permeada por factores epistémicos que delimitan lo que es una narración, quien puede narrar y que validez tiene lo narrado.

En el campo epistémico encontramos que, de acuerdo con (Contursi, M. E., & Ferro, F, 2000), lo que se define como narración estaría definido por la noción de temporalidad, y es a través de esta noción que se delimitan las formas de conocer, dar un sentido a la realidad, construir y organizar la vida cotidiana. De hecho, la narración se define como un discurso construido sobre una línea temporal, de ahí que en occidente se relacione el acto de narrar a una

noción de tiempo que avanza, que progresa y, que repercute en lo que se considera una narración y los distintos usos de esta. De hecho, según (De Sousa Santos, 2010)

La monocultural del tiempo lineal, la idea según la cual la historia tiene sentido y dirección únicos y conocidos. En ese sentido y esa dirección han sido formulados de diversas formas en los últimos doscientos años: progreso, revolución, modernización, desarrollo, crecimiento, globalización. Común a todas estas formulaciones es la idea de que el tiempo es lineal y al frente del tiempo están los países centrales del sistema mundial y, junto a ellos, los conocimientos, las instituciones y las formas de sociabilidad que en ellos dominan. Esta lógica produce no existencia declarando atrasado todo lo que, según la norma temporal, es asimétrico con relación a lo que es declarado avanzado [...] en este caso, la no existencia asume la forma de residualización, la cual, a su vez, ha adoptado, en los últimos dos siglos, varias designaciones, la primera de las cuales fue la de lo primitivo o salvaje, siguiéndole otras como la de lo tradicional, lo premoderno, lo simple, lo obsoleto o lo subdesarrollado. (p. p 22-23)

De manera que, el acto de narrar se asocia con lo que (Saussure, 1980), afirma sobre el signo lingüístico, pues la linealidad, como propiedad de este, brinda una categoría, donde los signos no se superponen unos a otros, sino que tienen un espacio y un tiempo determinados. Así pues, en la narración oral y escrita el lenguaje adquiere esta forma de linealidad. Sin embargo, existen otras formas de la narrar, que adquieren otras formas en el tiempo y el espacio, como son la narración con los hilos, con pinturas, entre otros.

También según las autoras María Eugenia Contursi y Fabiola Ferro (2000), el tiempo entendido desde la narración se divide en dos, por un lado, el tiempo con relación a los procesos

de conocimiento, que se asocia a los orígenes de la narración, y por otro, con relación a el tiempo instrumental, es decir, al tiempo que se ordena con un fin laboral, mercantil. En consecuencia, la objetivación del tiempo nos ha llevado a pensar los procesos narrativos como una estructura que determina que es una narración y que no. Por todo lo anterior, es importante comprender que, las formas narrativas o los modos básicos de narrar están permeados por razones epistémicas que tienen que ver con nuestra posición respecto al tiempo, con un tiempo que avanza, que progresa y se desarrolla.

En consecuencia, existen conocimientos más relevantes que otros, ya que el tiempo como una linealidad se impone sobre otros modos de concebir el tiempo; como es el caso de las estaciones climáticas, los ciclos lunares, los tiempos de cosecha, el tiempo de los sueños. En este sentido la narración al estar asociada con el conocimiento también sería un tamizador de la experiencia que vale la pena guardar, memorizar y narrar en una comunidad.

Así pues, se entiende que existen otras formas de narrar, pues existen concepciones diferentes de experimentar el tiempo como una unidad cultural; estos campos de la experiencia se explorarían desde otra episteme; entendiendo este concepto como una estructura que articula la realidad en un tiempo y en un espacio, como lo afirma (Foucault, 1982):

La episteme en la que los conocimientos, considerados fuera de cualquier criterio que se refiera a su valor racional o a sus formas objetivas, hunden su positividad y manifiestan así una historia que no es la de su perfección creciente, sino la de sus condiciones de posibilidad [...] dentro del espacio del saber, las configuraciones que han dado lugar a las diversas formas del conocimiento empírico. Más que una historia, en el sentido tradicional de la palabra, se trata de una arqueología. (p.15)

Se puede decir que, las formas de narrar tanto orales como escritas privilegian la noción de tiempo, en tanto que son una forma epistémica de la narración. Así, la mayoría de las veces relacionamos el acto de narrar con la oralidad y la escritura, pues tanto la palabra como la escritura son formas lingüísticas que adhieren forma y unión al relato. Sin embargo, el acto de narrar muestra otros ángulos desde el cual puede ser concebido, y que, en culturas donde se ha roto el tejido social debido a violencia, es importante volver a los orígenes y retomar las formas narrativas en las que aún quedan indicios, huellas, símbolos de las practicas ancestrales y saberes en una comunidad, con el fin de reparar las heridas morales que generan violencia y desesperanza en la sociedad.

Ahora bien, en ese sentido, es importante resaltar que detrás de las narraciones orales y escritas de las comunidades, estas tienen un valor epistemológico, puesto que, si se narra lo que se conoce, lo que se narra debe ser reconocido y validado como un conocimiento. De manera que quien tiene la palabra y el conocimiento dentro de una comunidad, es quien puede legar una tradición. Así pues, en los escenarios de violencia las relaciones de poder- saber se constituyen sobre la invisibilización y desaparición de las tradiciones de los actores sociales. En ese sentido, “las prácticas narrativas, incluyendo a quien está facultado a contar una historia en circunstancias concretas, reflejan y establecen relaciones de poder en un amplio rango de instituciones domésticas y comunitarias.” (Ochs & Capps, 1996) Por lo cual, se hace necesario reconocer la diversidad de las formas de legado cultural, con el fin de rescatar la tradición y los saberes de los pueblos. Especialmente, cuando estos se han visto atravesados por periodos de violencia.

Los conocimientos de las mujeres representan los aprendizajes que se adquieren en la experiencia de habitar un cuerpo y un territorio. Así pues, muchos de estos saberes, las mujeres los heredan de otras mujeres y se construyen en el contexto en el que son socializadas.

Comúnmente estos saberes y conocimientos son marginados y olvidados, pues no se les atribuye la importancia social y política que merecen. De modo que, saberes como el tejido, la culinaria, entre otros, son prácticas que se le atribuyen a la mujer por naturaleza, y que al no reconocer su importancia se entienden como triviales e improductivos. De manera que, conduce a las mujeres a la pobreza económica y simbólica.

Además, los saberes y conocimientos que las mujeres heredan a través de la tradición oral son producto de la socialización y de cómo ellas construyen su ser en el mundo, estos saberes son transmitidos a través de formas narrativas particulares que se han estigmatizado, pues hablar, contar y narrar son prácticas atribuidas a los hombres, ya que se relacionan con el dominio del espacio público. De modo que, las mujeres al permanecer en el ámbito privado no solo son excluidas de estos espacios, sino, también, aisladas de otros y otras, especialmente de otras mujeres. Así pues, la tarea de la narración tanto oral como escrita se ve limitada y estigmatizada, pues las mujeres que narran y cuentan son llamadas chismosas, brujas o cantaletosas. Eso, sin olvidar que las mujeres que mantienen relaciones cercanas con otras mujeres de su familia o de su comunidad se convierten en individuos sospechosos y peligrosos, de esto, la historia cuenta como cuando las mujeres se unen para compartir saberes son llamadas brujas, viejas chismosas, rezanderas; como una forma de desarticular estos lazos entre mujeres que son importantes no solo para ellas, sino para la conservación sana de una comunidad.

En el caso de las mujeres que escriben o se reconocen a sí mismas como narradoras es importante la escritura y la narración colectiva, pues es frente a otros, y especialmente a otras, que la experiencia y los aprendizajes se hacen válidos, como también los conocimientos se reconocen importantes en la comunidad y, por lo tanto, se guarda memoria de ellos.

3. Narración y cotidianidad

Ahora bien, entendiendo que el lenguaje se relaciona con la transmisión de conocimientos y saberes que construyen comunidad y cultura, puede decirse que las narrativas son un lenguaje de la cotidianidad, ya que, son las experiencias y acciones de los actores sociales las que se representan y se transmiten de una generación a otra. A su vez también se comprende que el espacio de la narración es un campo donde se ejerce el poder, como una unidad dinámica de las representaciones sociales que se encuentran en constante discusión.

Por lo cual, dentro de los estudios sobre la cotidianidad, encontramos que, esta se puede definir como “el conjunto de actividades particulares desarrolladas por los sujetos dentro de los microespacios que conforman el escenario de la vida cotidiana y que pueden ser compartidas, es decir, pueden llegar a ser comunes entre múltiples organizaciones sociales.” (Beltran, 2018, pág. 27) por lo cual, el acto de narrar en tanto una práctica del lenguaje se convierte en una actividad que representa la cotidianidad, entendida como un hacer no generalizado del ser humano, ya que, si bien todos hacemos las mismas cosas en la vida cotidiana, en la cotidianidad estas “cosas que hacemos” se diferencian en como las hacemos y también que sentido tienen en un entramado simbólico-social establecido. Ya que como apunta Heller:

En la vida cotidiana de cada hombre son poquísimas las actividades que tiene en común con los otros hombres, y además estas solo son idénticas en un plano muy abstracto.

Todos necesitan dormir, pero ninguno duerme en las mismas circunstancias y por un mismo periodo de tiempo; todos tienen necesidad de alimentarse, pero no en la misma cantidad y del mismo modo. (Heller, 1977, pág. 19)

En consecuencia, las narrativas de la cotidianidad son múltiples y dependen del contexto donde germinan. Por lo cual, cada narración es un mapa que permite un diagnóstico del

entramado semiótico de una cultura, y que, por ser una unidad cultural, se encuentra en constante construcción. Ya que, de hecho:

Crear una narrativa o escucharla, es un proceso activo y constructivo que depende de recursos personales y culturales. Las narrativas son medios poderosos para aprender y avanzar en el entendimiento de los semejantes, al propiciar contextos para la comprensión de lo que no se ha experimentado personalmente. (Hamui Sutton, 2011, pág. 52)

Por lo tanto, el acto de narrar se abre a la posibilidad de ser algo más que un género narrativo, pues sería parte del tejido social y una forma de ser en el mundo, pues al igual que los hilos son parte de un tejido, los hilos narrativos marcan el entramado social e histórico de una comunidad y de su existencia vital.

3.1. Narración y Mapa Semiótico

El acto de narrar también nos acerca a la cotidianidad como una forma de representar el campo semántico de una cultura, es decir, la comprensión de esta como un texto que se puede interpretar y reescribir. De hecho, según (Gaínza G. , 1999)

El texto es la magnitud semiótica mínima; si bien en ciertos casos puede coincidir con un signo, casi siempre es el producto de la articulación de dos o más de ellos. Por otra parte, el signo es la unidad semiótica indivisible. (p.p 47-68)

A respecto de esto, cabe decir que, tanto la oralidad como la escritura son formas de la narración, es decir, unidades de sentido que conforman textos. Sin embargo, existe algo más profundo que permite sostener y materializar estas formas narrativas. Puesto que, el discurso es la base de las relaciones simbólicas de una cultura y, además, estos discursos están relacionados con la cotidianidad y las practicas que hacen parte del texto social.

Así pues, la narración sería el resultado de este entramado, que en sus particularidades puede crear nuevos significados en un contexto histórico, pues es importante resaltar el valor social de la narración, este consiste precisamente en la actividad interpretativa de quien narra y quien lee, pues su mirada del mundo se inscribe un nuevo habitar, pensar y sentir de lo que lo rodea. Por lo tanto, leer la sociedad actual y narrarla es participar en la construcción de la historia de una comunidad, con el fin de que, el paso por el mundo de una generación no sea en vano, sino que la existencia narrada sea un legado a las futuras generaciones.

Esto se considera importante, puesto que, al realizar una búsqueda de antecedentes narrativos en la comunidad de Catambuco, se encuentra que la mayoría de las expresiones narrativas son orales y, es a través de estas, que se han logrado transmitir los saberes y experiencias de una generación a otra. Sin embargo, también se halla la existencia de un componente que sostiene la forma oral narrativa y, es el entramado semiótico presente en fotos, tejidos, ollas, el cuerpo de las mujeres que fueron parte de la investigación, y el territorio donde ellas se situán. Así pues, la materialidad de un territorio, las prácticas ancestrales y los cuerpos hacen parte del discurso social, que puede ser leídos como textos, y que, pueden interpretarse por medio del ejercicio de la escritura, y posteriormente, la lectura que aporta redes intertextuales.

Un ejemplo que puede permitir un acercamiento a conclusiones más precisas sobre el acto de narrar como una práctica estable, lo encontramos en los escritos del lingüista y semiólogo de la cultura Gastón Gainza, quien describe un escenario semiótico o semiosis social de una ciudad, así:

En una primera ojeada, toda ciudad es un ente material físicamente perceptible [...] en todos los casos, predomina la utilización de signos icónicos e indiciales, por cuyo

intermedio, puede ser representada la realidad física de cualquier ciudad. Con todo como producto del trabajo humano, el reconocimiento de una ciudad exige asumirla como un ente histórico, habida cuenta que solo así accederemos a su dimensión humana. En este caso, para representárnosla, debemos considerarla un texto que, en su calidad de tal, es susceptible de ser leído. Esa lectura permite reconocerlo e interpretarlo [...] como tal la interpretación que se le dedique debe partir por reconocer su ambigüedad o, lo que es lo mismo, la ineludible participación de la ideología, el poder y el sujeto en la producción de su sentido. (Gaínza G. , 2009-2010, pág. 16)

Se puede decir que, una comunidad de la zona rural de Pasto, y más específicamente las mujeres de una familia en Catambuco, al igual que una ciudad, son una entidad física perceptible, por lo cual, ellas a lo largo de su vida dejaron una herencia cultural que, al día hoy, se encuentran en un mapa semiótico, estos rastros y huellas lingüísticas las podemos encontrar en fotografías, recetas de cocina, tejidos, cantos, arrullos, dichos, frases, objetos valiosos que fueron heredados a otras mujeres. Por lo cual, estas pertenencia son parte del tejido semiótico de una familia, en donde, sus saberes se heredaron por medio de la oralidad y, además, estos saberes pertenecían a la vida cotidiana de una cultura, ya que, en la mayoría de las familias Catambuqueñas, las mujeres conocen el arte del tejido, las familias guardan fotografías, cartas, entre otros. así pues, la importancia de un análisis e interpretación de las historias de vida de estas mujeres se debe, a que, en su oralidad podemos encontrar particularidades en su voz narrativa, pero también en los objetos que elaboraron, los gestos que se heredan y las heridas o traumas familiares que están constituidos por entramados específicos que hacen de estas prácticas un mundo semiótico que leer e interpretar.

En ese sentido, las mujeres de una familia en Catambuco, también se reconocen como entes históricos y sus vidas personales son atravesadas por los hechos que acontecieron en el devenir social y político de la época. Estos acontecimientos nos permiten empatizar y comprender ampliamente, sin juzgamientos, las decisiones que ellas tomaron, y que, en otro momento se leyeron e interpretaron desde otra mirada que las revictimizaba y las ubicaba como seres dependientes, irracionales, emocionales y sin juicio político.

Ubicándonos en la comunidad de Catambuco, y en la familia López, se puede decir que hacen parte de una comunidad oral y que sus conocimientos han sido legados por medio de la palabra y el aprendizaje de prácticas ancestrales. En consecuencia, lo que significa narrar, se encuentra en la oralidad, y es sostenido por las prácticas como el tejido, los cantos, el territorio, la siembra, la medicina tradicional, la minga. Estos procesos se retoman como antecedentes de la escritura y la narración en estas comunidades.

En ese orden de ideas, como una forma de tejer los hilos narrativos que se crean en la sociedad a partir de las memorias, encontramos que, el territorio es un elemento importante para comprender las formas narrativas particulares que han construido estos pueblos, y específicamente, las mujeres. Por lo cual, situando este trabajo de creación literaria en la comunidad de Catambuco, se puede decir que, al igual que en muchos territorios indígenas se encuentran piedras que son parte de los lugares sagrados de las culturas prehispánicas y que representan figuras zoomorfas y antropomorfas, entre estas figuras esta “la figura de una espiral o llamado “Churo Cósmico” por los lugareños que en su cosmovisión representa el agua, el movimiento, la fertilidad, o talvez, hasta una ruta de estrellas.” (Equipo Consorcio POMCA 2015 053, 2017, pág. 191)

El territorio habitado por las mujeres López, es donde se sitúan sus experiencias y vivencias. Este corregimiento de la ciudad de Pasto es una materialidad irrefutable, que atraviesa la vida de estas mujeres. Así pues, este territorio periférico al sur de Colombia posee unas características que permite entender las practicas sociales y culturales. Y que, en el ejercicio de la escritura creativa, nos permite situar a unos personajes en un contexto, además, es en los lugares de este territorio donde acontecen las historias de estas mujeres y que guardan unos significados específicos para ellas.

De modo que estudiar el territorio como un texto implica descifrar los signos culturales, sociales y políticos que los atraviesan. En el caso de las mujeres López que habitan el territorio de Catambuco encontramos que este espacio se encuentra atravesado por la categoría de la dualidad centro/ periferia; ubicándose y haciéndose a la periferia como una forma de vivir y de habitar un espacio en el mundo. En ese sentido, se ha hablado sobre la ciudad y la literatura, de hecho, se concibe la ciudad como inspiración y consagración de escritores, por otro lado, el campo se describe como un escenario de idealización que refleja la inocencia, la pureza... Sin embargo, pensar el campo como territorio de símbolos e interpretaciones es la tarea de este análisis que pretende investigar el mapa semiótico de donde surgen las narraciones de las mujeres López en Catambuco. Ejemplo de lo anterior encontramos que,

La ciudad es un lugar donde se narra y la literatura es un lugar donde se reinventa esa narración. Cada ciudad es un texto colectivo que almacena una cultura. Es por ello un depósito de la memoria social, pues provee un conocimiento, resguarda un saber y permite una narración de su historia. En la literatura, por lo demás, la ciudad aparece como un texto posible. Dice Roland Barthes que “escribir es, en cierto modo, fracturar el

mundo (el libro) y rehacerlo”. La escritura de Monsiváis recrea la ciudad como texto: la lee y la reescribe. (Salazar, 2006, pág. 33)

Se puede decir que, los espacios influyen en la construcción de un relato como parte de la estructura semiótica que permite leer los escenarios, los símbolos, por ende, interpretarlos y reescribirlos.

También, desde la comprensión del narrar como una forma leer e interpretar los signos de una cultura, encontramos que, en el caso de las mujeres, el cuerpo es atravesado por múltiples factores sociales que lo constituyen como un texto que debe ser leído, en donde se escriben y reescriben historias. En ese sentido,

El cuerpo no puede concebirse como mero organismo natural, pues las culturas elaboran sus propias gestualidades, emociones, modos de percepción sensorial, movimientos, significaciones y valoraciones sobre la corporalidad. Asimismo, los estudios inspirados en Lévi-Strauss, Foucault o Bourdieu, examinan cómo los cuerpos son objetos de poderosas representaciones simbólicas, discursos, disciplinas y habitus. Sin embargo, en estudios más recientes influenciados por las filosofías de Merleau-Ponty, Nietzsche y Deleuze, el cuerpo ya no es tratado sólo como un mero “objeto”, a la manera de un pasivo títere o marioneta de los poderes y discursos sociales, sino que el interés se desplaza hacia la corporalidad, entendida como encarnación, experiencia vital y potente de lo humano y, por tanto, como dimensión constitutiva, activa y transformadora, de la intersubjetividad y de la vida social. (Citro & Batalla, 2014, pág. 16)

Por otro lado, se encuentran como referente la música tradicional que se ha constituido en torno a la religiosidad, y que las mujeres la han expresado en arrullos y canticos a sus hijos e hijas, pero también a la virgen y demás figuras sagradas, debido a que, en las fiestas patronales

las mujeres son las principales devotas y anfitrionas de las vírgenes que se veneran en los pueblos. Encontramos que estas prácticas constituyen una manera de narrar desde la experiencia de ser mujer y contribuir al tejido de una identidad colectiva.

Es así como se pretende hacer de la escritura una forma de rescatar los conocimientos y experiencias de las mujeres que históricamente han sido relegadas por narrativas que las representan como figuras sin conocimientos o experiencias poco significativas, pues las narrativas construyen imaginarios y representaciones de los sujetos sociales.

De manera que, es importante reconocer que las mujeres tienen un modo particular de rememorar, y que este proceso de memoria constituye una forma de narrar, a fin de que las mujeres tengan un espacio como sujetos históricos relevantes, no solo desde una perspectiva de heroicidad, sino desde sus propias voces.

En consecuencia, escribir narraciones desde las memorias de mujeres pretende dar lugar y voz a un pueblo que históricamente ha sido excluido de la historia y de la narrativa. También se quiere reconocer aquellas raíces que los identifican como pueblos ancestrales y de esta manera reafirmar que la memoria que narra ejerce resistencia al despojo de sus tierras y al abuso de la fuerza de trabajo de hombres y mujeres que habitan este territorio, y que se les ha negado la oportunidad de vivir en igualdad con otros ciudadanos, como se buscaba desde que se pretendió vincularlos a la vida nacional, pero que terminó desvinculándolos de su pasado y haciendo de su vida un continuo sobrevivir. (Equipo Consorcio POMCA 2015 053, 2017)

Capítulo II: Narrar las memorias de las mujeres.

Las memorias de las mujeres dan como resultado la narración de acontecimientos históricos y personales, de sucesos importantes para una comunidad y la vida familiar, así pues, ahondar en sus memorias no es solo un suceso personal, sino, un evento político y social, pues los relatos de vida de las mujeres como parte de la memoria colectiva permiten un diagnóstico del presente, ya que, recorre con su palabra lo que fue el pasado y el deseo de un futuro. En ese sentido, este diagnóstico logra concertar un hilo narrativo para la construcción de una colección de cuentos. Ya que, a través del discurso de las memorias narradas por las mujeres, podemos identificar un sentido, es decir, porque se dice, quien lo dijo, como lo dice y para quien lo dice. De hecho, desde este punto de vista,

La memoria es el dispositivo esencial generador del relato de la vida, y es la actividad de la mente humana que labora reconstruyendo el pasado y lo vivido. Produce los recuerdos y también los olvidos, ambos resultados posibles de toda operación de la memoria. Como fuerza subjetiva que penetra y circula a través del pasado personal y colectivo, la memoria reconstruye, reinterpreta y preserva -con las ideas, aprendizajes, afectos e identidades del presente- los sucesos, experiencias y relaciones con las individualidades y colectividades del pasado. (Lulle, T., Zamudio, L., & Vargas, P., 1998, pág. 15)

En consecuencia, las memorias de las mujeres son fuente para crear narrativas en donde a través de las decisiones personales de las protagonistas y heroínas se logra que otros y otras se miren en el presente y resignifiquen los sucesos del pasado, con el fin de que en el futuro las voces de estas mujeres sean conocidas y memoradas.

Así pues, es importante reconocer que la acción de memorar para las mujeres es un suceso político, en el sentido de que, muestra un lado no conocido de la historia, como también permite que este proceso se convierta en un mecanismo de justicia y verdad. De hecho,

La memoria de las mujeres en la memoria colectiva es imprescindible e ineludible.

Contiene un frondoso vivero de recuerdo que, activados mediante la narración comunicativa, engarzan las iniciativas tomadas y las practicas realizadas en el transcurrir cotidiano espacio-temporal, con los agentes sociales, los conflictos, acciones colectivas y cambios que se encuentran en el contexto en el que se inscribe sus vidas y experiencias.

(Lulle, T., Zamudio, L., & Vargas, P., 1998, pág. 17)

En el ámbito político es importante reconocer la urgencia de verdad, justicia y reparación que permiten las memorias de las mujeres en la reconstrucción de la historia. Ya que, dentro de sus memorias se rescatan sucesos de la cotidianidad de una comunidad, en donde se relatan hechos de violencia ejercida sobre las mujeres, y que, los relatos oficiales no han incluido en la historia. Memorar estos hechos es un suceso político, pues impide que situaciones de violencia ejercida hacia ellas o hacia sus comunidades queden en el olvido o en la negación de la verdad y la justicia.

En consecuencia, como parte del componente social, las memorias de las mujeres permiten crear narrativas que les otorgue un papel protagónico, que se opongan a las narrativas sobre la feminidad que ubican a las mujeres como víctimas, pasivas y dependientes. Por lo cual, esta labor de recolectar y conocer sus memorias como parte del proceso creativo para la elaboración de una colección de cuentos logra que ellas se representen a sí mismas en el lenguaje

social, y, en consecuencia, otras mujeres se encuentren en sus palabras. Haciendo que sus experiencias, aprendizajes y saberes sean válidos.

En el componente social, encontramos que la narración de las memorias de las mujeres permite que ellas se representen en el campo de lo simbólico, creen representaciones de sí mismas en donde otras mujeres y la comunidad se sientan representados. La importancia de esta representación radica, en que, por un lado, se desmienten los prejuicios y estigmas que recaen sobre las prácticas de las mujeres, ubicándolas como importantes y productivas para la familia, la comunidad y el estado. Como también, representar a las mujeres es hacer visible la construcción de su propia voz narrativa, realzando sus formas de utilizar el lenguaje y resignificando los espacios de reunión entre mujeres, donde ellas comparten sus saberes y construyen comunidad.

1. Memoria y Tradiciones

Hablar de las memorias de las mujeres López en Catambuco, es detenerse a contemplar las tradiciones de la cultura en que estas mujeres nacieron y vivieron. Estas memorias nos permiten acercarnos a un territorio con unas características concretas, como también, ahondar en la experiencia de ser mujer en este lugar, pero ante todo en un cuerpo que siente el frío del páramo y mira el verde tan complejo y conmovedor de las montañas.

En este punto del trabajo investigativo es importante mencionar que el proceso de escritura de una colección de cuentos que parte de las memorias de las mujeres López en Catambuco surge de la búsqueda de antecedentes de mujeres escritoras y narradoras en esta comunidad. En un primer momento fue una búsqueda aparentemente nula, pues la historia no da cuenta de mujeres narradoras. Sin embargo, afortunadamente encontramos que el acto de narrar es una acción que se abre a las posibilidades y contextos, por lo que, gracias a la memoria

guardada en la tradición oral y las practicas que como una forma de rebeldía ante la invisibilizacion y el olvido aún se siguen heredando y han logrado sensibilizarnos a la experiencia de las mujeres López que cuentan a través de su historia de vida, la historia de un pueblo en resistencia y dignidad.

Así pues, entendiendo que estas memorias se tejen a partir de un entramado semiótico, es vital ubicarnos en el territorio donde surgen. Respecto a esto, podemos decir que, Catambuco es un corregimiento de la ciudad de Pasto, reconocido por la riqueza natural de fauna y flora, como también por la riqueza cultural que han construido sus habitantes. Catambuco fue un asentamiento de indígenas Quillasingas organizados en cacicazgos, el nombre Catambuco hace referencia a *vasija negra* debido a que la tierra de este territorio contiene gran cantidad de humus, lo que la hace bastante productiva y de un color muy oscuro, por lo que también significa tierra de labradores. Catambuco se consideró un resguardo indígena hasta los años 1944-1958 cuando se desestructuran los resguardos indígenas de Pandiaco, entonces, Catambuco pasa a tener una organización de corregimiento. Este lugar fue fundado por el español Alonso Carrillo el 13 de marzo de 1586, desde su fundación han existido eventos importantes que han hecho parte de la historia de este territorio, entre estos, encontramos: la fundación a la devoción a la virgen de Guadalupe en el año 1565, año en el que llega la imagen a Catambuco; dos batallas que sucedieron a la época de la independencia, en las cuales se encuentran la batalla del 23 de agosto de 1812 y el 12 de junio de 1823; el juramento a la virgen y posterior construcción de la basílica nuestra señora de Guadalupe en el año 1834 hasta 1942; la desestructuración de los resguardos indígenas de Pandiaco en los años 1944-1958 y la construcción de la represa del rio bobo o también llamado rio Opongoy en el año 1956. (Quingo Revista Turistica de Nariño, 2017)

Ilustración 1 Minga para la construcción de la Basílica Nuestra Señora de Guadalupe.



Fuente: Victoriano Carlosama (1928). Minga [Fotografía] Repositorio del Concurso de Fotografía Catambuco Antiguo. Pasto, Nariño. <https://www.facebook.com/Movimiento-Social-Pueblo-Nuevo-228402081077646/photos/792233061361209>

De este recuento histórico del territorio donde habitaron las mujeres López, es necesario hacer énfasis en que, muchas de las tradiciones y prácticas de los habitantes de Catambuco están íntimamente relacionadas con los saberes ancestrales que se heredaron de las comunidades indígenas que habitaron el territorio. Muchas de estas tradiciones hoy se pueden apreciar en las festividades o fiestas patronales, las cuales, aunque han sido permeadas por el cristianismo, evocan y hacen vigentes las tradiciones de sus antepasados por medio de la danza, la música, la comida tradicional, el lenguaje, como también, la visita de los lugares sagrados, entre otras.

Ilustración 2 Mujeres rinden culto a la Virgen de Guadalupe.



Fuente: Autor desconocido- Propiedad de Ciro Andrade (1955). Mujeres Devotas a la virgen de Guadalupe [fotografía].

Repositorio de Concurso de Fotografía Catambuco Antiguo. Pasto, Nariño. <https://www.facebook.com/Movimiento-Social-Pueblo-Nuevo-228402081077646/photos/792298478021334>

Las mujeres López como habitantes de este territorio son herederas de prácticas ancestrales que debido a cuestiones sociales y culturales están en tendencia a ser olvidadas. Un ejemplo de estas prácticas lo encontramos en el tejido y el bordado con formas, colores y representaciones que cuentan y narran el habitar un territorio. Normalmente, los tejidos y bordados que elaboraron las mujeres López se encuentran en prendas de vestir, manteles y cobertores. De esto se puede decir que, las mujeres debido a labores de cuidado -que le son asignadas a su género- dan especial atención al cubrimiento del cuerpo de sus hijos e hijas o familiares. Así pues, La creación de prendas de vestir puede entenderse desde la autogestión de

una necesidad básica en el hogar, que muestra la práctica del tejido como una labor productiva y necesaria para la familia, la comunidad y el estado. En este sentido, también es importante relacionar el hecho de que,

La mano de obra femenina fue la que inicio la industrialización de las sociedades primitivas con la producción textil, la fabricación de objetos de cerámica de uso cotidiano o sagrado, hasta con la construcción de las propias viviendas de la comunidad. (Volpe, 2021)

A su vez, los materiales para la creación de estas prendas guardan una relación simbólica con el acto de escribir. Encontramos entonces, que, al igual que hoy, el escritor o escritora necesita ciertos materiales como la tinta y el papel, estas mujeres hacían uso de plantas para teñir la lana, como la fibra que era extraída de la oveja u otras fibras vegetales. Las mujeres pasan a un espacio solitario o con una o dos mujeres más a tejer, haciendo uso de su tacto y la evocación de recuerdos que son plasmados en el telar. De hecho,

Es a través de esta práctica ancestral que muchas culturas transmitieron su sabiduría y creencias durante milenios, así como en torno a ella es que se relaciona la creación textual de la escritura, cuando de narrar se trata. Y es que la palabra texto proviene de la palabra latina *textum* que significa literalmente *tejido*. (Volpe, 2021)

Ilustración 3 Tejido elaborado con lana virgen para refajo.



Fuente: Anyela Botina (2021). Tejido [fotografía]. Reliquia conservada por la familia López. Pasto, Nariño.

Se puede decir que, las memorias de las mujeres López en Catambuco nos permiten ver las tradiciones heredadas de los pueblos indígenas que habitaron este territorio. Así pues, estos sucesos y practicas determinan el acto de narrar, y atraviesan el papel y función que cumple una narradora en la comunidad. Por consiguiente, las mujeres catambuqueñas han transmitido estos saberes ancestrales por medio de la oralidad, por lo que, es en la palabra donde habitan los conocimientos para la fabricación de telares, vasijas, platos típicos, tinturas, remedios naturales, entre otras.

Así pues, estos saberes se guardan en las memorias de las mujeres, puesto que a través de sus historias de vida nos permiten conocer las prácticas y costumbres del corregimiento de Catambuco, y, además, el valor simbólico, social y político que implica la práctica de memorar y narrar para la vida social, familiar y personal.

Igualmente, estos saberes se relacionan con la sensibilidad artística de las mujeres Catambuqueñas, en el sentido de que, si bien la oralidad cumple el papel de transmitir los saberes y conocimientos, los demás sentidos juegan un papel importante en la transmisión de estos. Ya que, la palabra por sí sola no lograría atravesar el tiempo y el espacio por siglos, sino que el componente sensible por el que se caracteriza el lenguaje poético hace que estos saberes se arraiguen en el sentimiento y la emotividad. Así, las mujeres catambuqueñas transmiten sus saberes por medio de formas narrativas que se relacionan con la forma en que utilizan y hacen uso del lenguaje. Es decir, cuentan sus saberes en forma de arrullos, cantos, dichos, también los encontramos en el humor, la sátira o el chisme, en donde los tonos de voz, como el silencio, el susurro o el sarcasmo juegan un papel importante en la constitución de la tradición oral. Un ejemplo de esto lo encontramos en la siguiente expresión: *las manos como violín y la cara como el diablo*. Esta expresión hace alusión a la concentración que conlleva el trabajo duro, además, el imperativo de realizar una tarea con brevedad. En consecuencia, esta expresión logra evocar la imagen del diablo tocando el violín como una forma de que se ha logrado embelesarlo -en relación con el imaginario a cerca que el diablo puede ser engañado- esto genera que la expresión se torne burlona o jocosa.

Ilustración 4 El sueño de Tartini



Louis Leopold Boilly (1824). El sueño de Tartini [dibujo]

https://es.wikipedia.org/wiki/El_trino_del_diablo#/media/Archivo:Le_Songe_de_Tartini_par_Louis-L%C3%A9opold_Boilly_1824.jpg

Así pues, la memoria guarda la tradición oral de la comunidad de Catambuco que se encuentra materializada en sus prácticas y costumbres, son estas expresiones culturales parte del entramado simbólico necesario para interpretar y llevar a cabo el proceso de escritura. Sin embargo, es importante resaltar que la escritura y la tradición oral son propias del espacio público, en consecuencia, como parte de la asignación de roles de género en la comunidad, el espacio público, donde se ubica el acto de narrar o la labor de la escritura es mayormente reconocida en los hombres de este corregimiento; pues al indagar sobre los mitos, las leyendas y otros textos orales, son los hombres quienes hablan abiertamente de estos sucesos. Por otro lado, muchas de las mujeres de esta comunidad no se reconocen a sí mismas como narradoras y al indagarles sobre relatos de la comunidad, muchas de ellas, prefieren silenciar, o narrar, siempre y cuando el relato sea contado en un ambiente familiar, que, en algunos casos, se narran por medio de formas del lenguaje que son propios de las mujeres. En donde ellas utilizan expresiones tales como: *“pero calladito”*, *“a lo pasado pisado”*, *“sino es cierto, que Diosito mejor me haga morderme la lengua”*, *“mejor no decir nada porque una también tiene hijos e hijas”*.

Además, estas expresiones al situarse en el ámbito privado se manifiestan en espacios donde las mujeres sienten seguridad e intimidad; por lo general, donde estas otras mujeres de la familia o amigas cercanas. Esta práctica conocida como el comadreo es estigmatizada por la comunidad, pues asume que, el comadreo causa discordias o conflictos. Por lo cual, las mujeres prefieren callar y evitan reunirse con otras mujeres para que su imagen no se vea afectada.

Sin embargo, es en medio de esta práctica donde las mujeres cuentan las historias que acontecen en la cotidianidad de la comunidad, entre estas historias encontramos temas referentes a los cuidados de la casa, la sexualidad, las relaciones indebidas o de infidelidad, la forma en que sucedieron los crímenes y la muerte de algún miembro del lugar. Es esta práctica, donde la palabra de las mujeres adquiere un poder, pues si bien, se ha estigmatizado esta práctica, como una forma de causar discordias, también es en este espacio donde ellas logran influir en las decisiones importantes de la comunidad y muchas veces ha contribuido a hacer visibles conflictos, como también, canalizar emociones negativas como la rabia, los celos, la envidia.

2. Voz narrativa de mujeres

En el anterior apartado se pudo apreciar la importancia de las memorias en el proceso de narración de las mujeres, puesto que, la memoria está construida de los aprendizajes y la forma en la que los sujetos son socializados. Por lo cual, se crean formas específicas de rememorar y narrar. En este apartado se pretende dar a conocer algunas de las expresiones o formas de narrar que las mujeres López en Catambuco utilizan en su cotidianidad y que son producto de la construcción social.

Las mujeres han construido a lo largo de su habitar en el mundo formas de utilizar el lenguaje y de apropiarse de él. Estas formas se pueden apreciar en el uso del lenguaje cotidiano.

Pues estas expresiones aparecen esporádicamente en el encuentro con los otros. Estas expresiones sobreviven en el territorio de lo privado y constituyen la esencia de las comunidades, pues se encargan de tramitar conflictos, evidenciar problemas, hallar soluciones, y es desde estos espacios que las palabras de las mujeres adquieren poder dentro de las comunidades.

Entre estas expresiones encontramos: el pereque, la cantaleta, el chisme, donde su forma enunciativa juega un papel fundamental de análisis, pues dentro de su manera de narrar encontramos el silencio, los susurros, el sarcasmo, los gestos que permiten revelar la intencionalidad.

2.1.El pereque

Según la Real Academia de la lengua española se define el pereque como una incomodidad, impertinencia o hacer a alguien objeto de burlas o chanzas. Esta definición cuenta con una carga negativa del concepto, que puede dar a entender que esta práctica lingüística es una conducta indeseable.

La conceptualización que surgió de la interacción con las mujeres López en Catambuco define el pereque como una práctica comunicativa que se dirige a una o varias personas, con el fin de expresar inconformismo de una manera graciosa y enmascarando las intenciones.

En la mayoría de los acercamientos se pudo evidenciar que es una práctica lingüística que ejercen las mujeres en la comunidad. Por un lado, se considera que esta práctica tiene una carga emocional sobre quién va dirigida, las emociones que se busca canalizar a través de esta son generalmente son emociones degradables asociadas al rechazo. Esto se lleva a cabo a través de un proceso de enmascaramiento de las intenciones, en donde se hace uso de metáforas o figuras retóricas que se hacen que el mensaje quede oculto.

“Estábamos en la fiesta de invitadas y mi cuñada que es bien amarga se escuchaba que decía desde la cocina -ahí están paradas como jarras”

Dado que esta práctica se presenta en los espacios familiares o círculos cercanos de las mujeres, la mayoría de estos mensajes se dicen desde el disimulo o la cautela, pues a las mujeres se les asigna el papel de mantener los vínculos de la familia, de manera que, generar malestares puede llevar a conflictos y problemas que las ponga en el escarnio público.

Además, es importante resaltar que las emociones están dentro del plano de lo social, por lo cual, emociones como son la ira, el enojo son conductas indeseables en una mujer. Por lo cual, esta práctica lingüística permite canalizar esta energía, a modo de un suceso catártico que regula las emociones sociales. De hecho, según afirma Orgard, Shani y Rosalind Gill (2019)

La rabia ha sido una emoción tradicionalmente sancionada en el espacio público, especialmente si procede de las mujeres. La rabia «femenina» resulta problemática y su expresión ha tenido consecuencias como la denigración de las mujeres por inapropiadas, su patologización como histéricas o a que hayan sido ignoradas por paranoicas. (Nicolau., Medina-Vicent., & María, 2021)

De modo que, se reconoce que la palabra es un espacio de poder en donde las mujeres tratan de incidir en la realidad de una comunidad. Por lo cual, esta práctica es representativa y propia de las mujeres y donde en la mayoría de los casos los hombres no pueden mediar.

“Y yo le contaba a mi esposo, que eso se llevaban echándome pereque para arriba y para abajo, pero él me decía -a mí no me dicen nada y es que donde me digan algo van a ver. Entonces no hacía nada porque, aunque el problema era con mi esposo, ellas la cogían conmigo”.

Así pues, las mujeres regulan la conducta de otras mujeres e influyen en los asuntos políticos, económicos y sociales de una comunidad. Es desde estos espacios del lenguaje femenino donde se deciden las emociones sociales y también se toman decisiones importantes para la familia.

“Mi mamá para allá no puede ir, porque la cuñada siempre le echa pereque, por las cosas que mi mamá hizo de joven y como mi hermano no le dice nada. Mi mamá sabe que, si va para allá, ella y las amigas la acaban a pullas”.

El poder de las palabras de las mujeres en una comunidad se debe a que sus prácticas se mantienen en el ámbito privado, por lo tanto, este poder se relaciona con la función social que cumple la familia como un mecanismo de coacción.

2.2.La cantaleta

Esta expresión se puede definir como una práctica lingüística asociada al regaño, un llamado de atención recurrente, que tiene como particularidad una entonación apropiada y que comúnmente se asocia a los regaños o enfados maternos y de las mujeres.

Por medio del análisis del discurso de las mujeres López en Catambuco, se puede decir que la cantaleta tiene dos particularidades, por un lado, es un regaño que emite una mujer al no ser cumplidas sus órdenes, esta expresión es repetitiva y constante. Por otro lado, puede apreciarse la cantaleta como un mecanismo pedagógico que orienta a los hijos e hijas.

“Yo le digo a ella que aprenda hacer las cosas de la casa porque para algo le debe servir, pero como no hace caso, entonces me toca repetirle y repetirle, entonces me dice que soy cantaletosa, pero yo sé que algo de toda esa cantaleta se le debe quedar”.

Esta práctica se perfila como una expresión lingüística de las mujeres debido a que, dentro de las sociedades, ellas cumplen el rol de cuidado de los hijos y el bienestar. Es por esta

razón que la mayoría de los escenarios donde se presenta la cantaleta es en el ambiente familiar y está relacionado a los deberes de los hijos con sus obligaciones escolares, el cuidado de sí mismos y de la casa.

Así pues, las mujeres comúnmente usan la cantaleta cuando no son escuchadas por sus hijos o su familia, y por medio de esta práctica ellas manifiestan su enojo e inconformismo. Cabe resaltar que la cantaleta es socialmente estigmatizada y que en muchas ocasiones las mujeres son juzgadas por reclamarle a su familia el cumplimiento de sus deberes.

“Yo le digo a mi esposo que debe barrer el corral de los animales, pero él hace lo que yo no le digo que haga y lo hace mal, entonces eso me da rabia, porque yo tengo que hacer doble trabajo”

2.3.El chisme

El chisme puede definirse como la práctica que representa un grupo de Mujeres que miran por la ventana y se sientan en las puertas a ver pasar la gente.

Las mujeres que han sido confinadas en su casa y que a pesar de ello han creado un mundo de palabras donde habitar y ser. Ante el encierro y la invisibilización de sus prácticas han construido la manera, aunque callada y asolapada de influir en las comunidades y decidir sobre sus vidas y de los que las rodean.

Una de las formas de regulación que ha ejercido la sociedad patriarcal sobre las mujeres es el aislamiento, pues históricamente las reuniones de ellas han sido estigmatizadas, encontramos como ejemplo, mujeres que por el hecho de reunirse se consideraban sospechosas o locas, como es el caso de las brujas, las rezanderas, las desocupadas, las locas, las viejas chismosas. Pese a esta forma de violencia y de regulación encontramos formas de resistencia

donde las mujeres se reúnen a comadrear, es decir, a narrar su vida, escuchar a la otra y buscar soluciones.

En la mayoría de los casos se considera que el chisme es una práctica ejercida por las mujeres y que conlleva a malentendidos, peleas, conflictos. Sin embargo, se evidencia que la causa de estos conflictos dentro de la comunidad no son los chismes, sino que por medio de esta práctica se hacen visible en el ámbito público, cumpliendo de este modo la función de canalizar emociones y sentimientos, pero también visibilizando conflictos o problemas que existen en una familia o una comunidad.

“La señora xxx, ella es muy chismosa, siempre vive pegada al balcón de la casa, por eso debe saber muchas cosas, eso sí, siempre que uno quiere saber algo más a fondo del asunto es mejor acercarse a ella, porque sabe que fue lo que origino todo el embrollo. alguna vez me acerque para que me contara porque había tanta gente en la iglesia y me conto hasta lo que no le había preguntado”.

Por último, es importante resaltar que esta práctica lingüística cumple otra función y es entretener a las mujeres, especialmente aquellas que pasan aisladas con sus hijos en sus casas, es por medio del comadreo y el chisme que pueden reunirse y expresar sus preocupaciones, asuntos cotidianos, como también reírse o llorar con las otras.

“Mi abuela sabia sentarse en el andén a sacar los pies al sol y cuando pasaban sus amigas se quedaban echando chisme y como se reían, parecía que les hubieran dado cuerda, se reían y a veces hasta lloraban de tanto reír, pero a mi mama no le gustaba eso, entonces cuando mi abuela empezó a envejecer la apuraba metiendo a la casa, porque la abuela siempre salía con sus ocurrencias”.

Otra función de esta práctica se debe a que, el chisme construye la versión comunitaria de un suceso, que al ser analizado dice mucho sobre la verdad de una comunidad. Por lo cual, se puede observar la importancia de la construcción de estos lenguajes que permiten a las mujeres influir y expresarse.

Para concluir, se resalta que estas prácticas lingüísticas van acompañadas de gestos, silencios, susurros que dicen mucho sobre el lenguaje que construyen en su cotidianidad las mujeres. Así pues, muchos silencios encubren violencias ejercidas hacia ellas que solo pueden ser contadas por medio de susurros en el ejercicio de la cocina, el tejido, el lavado de la ropa, con gestos silenciadores como sellarse la boca con la mano, santiguarse o quedarse con la mirada fija, como recorriendo la vida en un segundo.

“Ese finado era bien malo. Un día con mi mamá la encontramos pariendo sola en la casa, ella decía que ese hombre (susurro) le hacía los hijos a la fuerza, entonces la pobre tenía uno después de otro y eran muy pobres. Nosotras la ayudábamos, pero más que llevarle alguna cosa no podíamos hacer nada. (suspiro) luego ella murió de cáncer en el útero, por todo ese sufrimiento debió ser. Yo era niña, pero me daba cuenta de que mi mamá siempre fue muy generosa con ella”.

3. Narrar las Violencias que se Ejercen sobre las Mujeres

Como parte de las memorias de las mujeres y del entramado simbólico- narrativo, se puede decir que, en varias de estas memorias se relatan muchos hechos de violencia que sufrieron las mujeres López en Catambuco, y que, reconstruir este tejido social a través de la palabra es una forma de sanar y procesar las heridas morales que generan violencia y se heredan a las futuras generaciones. Además, dentro de un escenario de violencia generalizada como

sucede en Colombia, es importante comprender que, esto pone en desventaja a las mujeres y niños que han sido mayormente violentados, marginados y empobrecidos, así pues, las mujeres han debido atravesar discriminaciones y violencias específicas por ser mujeres.

Por lo cual, desde el campo de la creación artística, ubicarlas a ellas como protagonistas de sus historias y creadoras de narrativas, permite evidenciar las violencias que ha ejercido el sistema patriarcal, sobre los cuerpos, los saberes y los territorios que las mujeres habitan, con el fin de crear nuevas narrativas que desafíen aquellas que las representan como individuos dependientes y pasivos. De hecho, estas violencias se hacen palpables en el ámbito histórico-político, pues según los estudios del grupo de memoria histórica afirman que:

En contravía de la abstracta universalidad a la que apelaban las nuevas ciudadanías, las primeras democracias de Occidente se fundaron en el uso de ciertas diferencias que adquieren relevancia en el campo político: adultos/menores de edad, propietarios/desposeídos, letrados/iletrados, civilizados/bárbaros, sanos/enfermos; cuerdos/dementes; racionales/emocionales; hombres/mujeres [...] Más específicamente, a las mujeres se les imputó una esencia trascendente que las presentaba como criaturas cercanas a la naturaleza, emocionales, intuitivas, arrastradas por sus pasiones, ancladas al pensamiento concreto y con una inclinación innata hacia el cuidado de los otros. Todos estos atributos, contrarios a la manera como se concebía el arte de razonar, justificaron la decisión política de las élites emergentes de negarles el derecho a votar y a ser elegidas, a decidir sobre sus propiedades, a representarse a sí mismas ante las cortes o a asistir a las academias. (Grupo de Memoria Historica, 2011, pág. 19)

Así pues, comprender que las mujeres sufren discriminaciones y violencias específicas, ha sido un gran aporte de la lucha por reivindicar a las mujeres como ciudadanas plenas de conciencia y capacidad moral de elegir lo mejor para ellas y la sociedad. En consecuencia, gracias a las luchas organizadas de las mujeres, estas consiguen ser el centro de los debates públicos, y que sus problemáticas dejaran de permanecer en el ámbito privado.

La consolidación de estos derechos empieza con la búsqueda de la participación ciudadana a través del voto; a la lucha de este derecho se le unió el reclamo de otros espacios de participación que les permitiera estudiar, trabajar, obtener el título de propiedades, la custodia de sus hijos, el divorcio y demás derechos que han sido puestos en el escenario público con el fin de que la mujer sea reivindicada como sujeta política y moralmente capaz de decidir sobre su proyecto de vida y su cuerpo. De esta manera, las mujeres logran que sus derechos se consoliden en la constitución de 1991 en Colombia y en varias constituciones alrededor del mundo.

De hecho, los procesos organizativos de las mujeres en el ámbito social lograron conquistar otros campos de participación a los que las mujeres no podían acceder, estos estaban relacionados con la participación de las mujeres en la construcción de narraciones históricas, es decir que, ellas no habían tenido la oportunidad de contar la versión de la historia que como mujeres les correspondía, por lo cual, la historia que hasta ese momento se había escrito no tenía en cuenta la voz de las mujeres que nombraba sus luchas y decisiones tan importantes para la conformación de la patria como la de los hombres. En consecuencia, muchos hechos históricos se cuentan desde una versión que despolitiza las prácticas de las mujeres en sus hogares, en el debate social y en el mismo campo de batalla. Sin embargo,

Este proceso de conquista vendría acompañado de una nueva historiografía que, con rigurosidad, empezaría a documentar la participación de las mujeres en la construcción de sociedad, Estado y nación. A estas conquistas se añadiría el logro de que las violencias de las que eran y son objeto dejaran de ser vistas como eventos casuales y privados cometidos por individuos patológicos, e irrumpieron en el ámbito público para transformarse en delitos punibles asociados a contextos de discriminación más amplios hasta convertirse en algunas sociedades democráticamente avanzadas en inadmisibles políticas, moral y penalmente. (Grupo de Memoria Historica, 2011, pág. 17)

Es importante resaltar que, la discriminación y las violencias específicas que se ejercían sobre las mujeres, siguieron siendo parte del escenario social, aun cuando en el mundo se consolidaban estados democráticos, ya que, estas elites comprendían la ciudadanía desde un papel de exclusión política, subordinación social y devaluación cultural de la feminidad. En ese sentido, las mujeres se conciben como seres pasivos y dependientes que no poseen autonomía para decidir sobre su bien personal y el común, promoviendo que su ciudadanía y libertad este a cargo de la tutoría de un hombre y de la familia. Así pues,

El mecanismo de la dependencia fue usado para desposeer a las mujeres y los demás sectores de sus bienes y para excluirlos de espacios de poder como las cortes, la academia, la milicia y la política. Los cuerpos femeninos, asociados a una naturaleza indómita que había que conquistar, pacificar y civilizar, también bajo estos procesos fueron constituidos en objetos de regulación por parte de la política, la medicina, la Iglesia y la educación. (Grupo de Memoria Historica, 2011, págs. 21-22)

Por otro lado, los nuevos estados democráticos bajo estos mecanismos de subordinación y exclusión de la feminidad, también, promulgan la división de la actividad humana en tres esferas: la pública, la privada y la de la intimidad. Esta división hace que las mujeres queden arraigadas a la esfera privada y a la de la intimidad, donde es el hombre el que toma la decisión de cómo vivir y hacer en el hogar, lo erótico, sexual y afectivo; donde el estado y la esfera pública no debe inmiscuirse.

Las consecuencias de estos mecanismos de discriminación y violencias específicas que se ejercen sobre las mujeres son: la exclusión, la subordinación y la invisibilización. Estos mecanismos se interiorizan en la sociedad y en las mismas mujeres ocasionando empobrecimiento económico, afectivo y simbólico, puesto que las labores en el hogar y las tareas de cuidado no son valoradas como tareas esenciales y remuneradas, por lo cual, las mujeres al estar relacionadas con estos roles se las asume como sujetas improductivas. Además, en el campo afectivo y simbólico estos mecanismos originan carencia de afecto hacia sí mismas, falta de confianza en sus capacidades y aceptación de la violencia que es ejercida hacia ellas.

En resumen, las luchas organizadas de las mujeres han logrado que su voz y su experiencia sea tenida en cuenta en la construcción de la historia y además, se han encargado de revertir las “representaciones de la feminidad que se divulgan a través de narrativas históricas y que sólo ubican a las mujeres como víctimas o figuras pasivas frente al devenir histórico y, con ese gesto, las despojan de agencia y politicidad”. (Grupo de Memoria Historica, 2011, pág. 45) Así pues, dentro de este campo de participación encontramos la escritura creativa, ya que, las mujeres al no poder participar de espacios académicos, sociales y políticos no podían acceder a círculos sociales que validaran sus experiencias artísticas y que las divulgaran, por lo tanto, la mayoría de textos escritos por mujeres en la historia han quedado en el anonimato, el

desconocimiento y el olvido. Además, las narraciones cuentan sucesos que contraponen las versiones oficiales de la historia y que pueden generar discusiones sobre cómo sucedieron los hechos y reivindicar acciones y sujetos.

De esta manera, la recolección de memorias de las mujeres permite resignificar la historia, y darle lugar a una de las voces que no se han incluido en los relatos históricos, así pues, para las mujeres la memoria es un suceso político, por el cual, ellas obtienen justicia, reparación y visibilización de su existencia. En ese sentido, las memorias de las mujeres juegan el papel de reconstrucción de la historia, entendiendo que esta, es un texto que se construye y se reconstruye, por lo cual, lo que recordamos es significativo en la sociedad y cuando recordamos la historia de vida de las mujeres, también, encontramos sentidos y razón de ser de estos eventos y de sus decisiones. De hecho,

Las memorias son, además, el producto de una combinación de lógicas instrumentales estratégicas y códigos y lecturas emocionales constitutivos de la identidad de los actores.

Por eso, incorporar las memorias permite elaborar una lectura de lo acontecido que otorga un lugar a sentimientos y emociones como el miedo, la rabia, la desazón, la antipatía o la simpatía, el sufrimiento o la indignación, aspectos todos que hacen parte de la ‘economía moral’ de los actores, tan importante como la economía política clásica para entender sus posturas ante el orden. (Grupo de Memoria Historica, 2011, pág. 53)

3.1 Memoria, Verdad y Justicia

La importancia de las historias de vida de las mujeres en una sociedad parte de la posibilidad de que se conozca el lado de la historia desde la mirada de ellas, desde sus

necesidades y los actos de violencia que se han ejercido sobre su ser. Así pues, la memoria como un mecanismo social y político permite hacer visible por medio de la palabra hechos que no deben olvidarse, y que reclaman justicia, verdad y reparación.

Ejemplo de estos procesos, donde las mujeres han tejido sus memorias como un mecanismo de justicia lo encontramos en el texto *Narrativas de vida y memoria* (2014) cuatro relatos de mujeres que se escriben desde lo biográfico, haciendo uso de la escritura testimonial, en donde relatan como las vidas de estas mujeres fueron atravesadas por la guerra, la muerte de sus familiares y su propia muerte. Estas creaciones tienen como finalidad impedir que estos casos queden en el olvido y en la impunidad, pues recordar y guardar estas memorias se convierte para ellas en un suceso político y en la forma de obtener justicia. Es importante resaltar que esta práctica narrativa de hacer memoria se realiza a través del testimonio como un instrumento investigativo y catártico, ya que “según Pilar Calveiro el testimonio como una herramienta se hace cargo de una deuda contraída con el pasado y con el futuro que liga al sobreviviente con los muertos y con los vivos” (Mendoza García, 2004, pág. 8)

A su vez, estas narrativas están ligadas a formas diversas de narrar la historia, pues el proceso de memoria al estar relacionado con el aprendizaje, este tamizado por experiencias, conocimientos y vivencias particulares, es decir que, las mujeres construyen formas específicas de rememorar y de silenciar, por el modo en que han sido socializadas y constituidas históricamente. (Grupo de Memoria Histórica de la Comisión de Reparación y Reconciliación, 2011) Es así, como muchas de estas formas narrativas se vuelven visibles y resurgen en medio del trámite del conflicto armado en Colombia como una manera de resistencia, encontramos entonces procesos como el de las tejedoras de Mampujan, quienes a través de sus tejidos narran lo vivido en la guerra; como también el proceso de las tejedoras de vida del Putumayo que

resisten al olvido estatal de las comunidades indígenas, y en Nariño se encuentran las cantoras de esperanza y paz en Tumaco, quienes con sus cantos y arrullos de resistencia buscan a sus familiares desaparecidos a causa del conflicto armado.

Estos procesos son antecedentes de la creación narrativa y artística de las mujeres en Colombia, sin embargo, cabe resaltar que, muchos de estos procesos no son visibles y que, en algunos casos, las obras escritas de las mujeres no han logrado relevancia en la historia de la literatura colombiana, debido a que, la mayoría de los círculos sociales y artísticos eran espacios para hombres. En el caso de la literatura nariñense, es un suceso que esta atravesado por la categoría de territorio periférico, puesto que, esta categoría marca una pauta para la promoción y divulgación de las obras, pues eran varias las dificultades para hacerse visible y consolidar una literatura Nariñense debido a la poca presencia de cánones críticos o epistémicos en la región, las difíciles condiciones de divulgación en el medio, poca lectura de los textos narrativos regionales y la dificultad para acceder a los materiales bibliográficos. (Ponce, 2004)

Por lo cual, los aportes narrativos escritos por mujeres, especialmente en comunidades campesinas, indígenas y afrodescendientes son escasos. Sin embargo, hubo muchas mujeres que, tras lograr educarse y sobrepasar estas barreras, como también, a raíz del reconocimiento social y de derechos que el proceso de constitución de 1991 les otorga a las comunidades indígenas se hace visible el trabajo de la oralidad y los saberes ancestrales y logran hacer visible sus obras artísticas.

Como también gracias a los procesos organizativos de las mujeres, ellas han logrado hacerse un espacio político y social, donde su escritura y voz narrativa sea escuchada y visible para todo el mundo. Recordándonos que la labor de la escritura y la tradición oral es un legado para todas las mujeres que deciden contar sus memorias, expresar su sensibilidad por medio de

las letras y las artes. Estos son los casos de mujeres Nariñenses que hasta hoy se escuchan sus voces y letras como legado de una cultura del sur, entre ellas están: Laura Imelda Jurado, Blanca Ortiz Sánchez Montenegro, María Reinelda Perlaza Caicedo, la partera María Ermila Téllez, la curandera Blanca Clemencia Achicanoy, Josefina Villota, Cecilia Guerrero Orbegozo, Inez Medina de Moncayo, Maruja Inestroza de Rosero, Rosario Conto Moncayo y muchas otras que, en los últimos años se ha difundido su obra y valor social. (Academia Nariñense de Historia, 2021)

Capítulo III: Crear narrativas a cerca de las memorias de las mujeres

En el anterior capítulo, las narrativas que surgen de las memorias de las mujeres conllevan una labor social y política, que hacen relevante su participación en la sociedad, pues las ubica en la historia como sujetos que producen representaciones culturales y bienestar a las comunidades.

Este apartado tratara acerca de las implicaciones narrativas que conllevan la creación de una colección de cuentos a partir de las memorias de las mujeres López en Catambuco, con el fin reconocer la importancia de que ellas sean las creadoras de narrativas desde su voz y sus realidades.

1. Creación de Arquetipos Narrativos

En el primer capítulo *El acto de narrar*, se concluye que narrar es un suceso estable, es decir, que habita con lo humano. Además, el acto de narrar estaría ligado al lenguaje, pues por medio de este, se comparten conocimientos y se crea comunidad. Se puede decir entonces que, en el acto de narrar se crean representaciones sociales sobre los sucesos y los sujetos.

Así pues, las representaciones sociales se crean a partir de ideas o símbolos que surgen de la experiencia del ser humano. Precisamente, estas representaciones habitan el inconsciente colectivo que “representa el conjunto de elementos sociales y culturales en los que el sujeto está inmerso y no es consciente de ellos. Además, el inconsciente colectivo incluye tanto contenidos del folklore y las costumbres, como actitudes, valores, creencias y disposiciones religiosas” (Estramiana, J. L. Á., Galdós, J. S., & Ruiz, B. F, 2007, pág. 4) . Estas representaciones se pueden apreciar en los arquetipos que desde la psicología se pueden definir como “ideas o

formas preconcebidas que actúan sobre los individuos determinando sus acciones y comportamientos”. (Estramiana, J. L. Á., Galdós, J. S., & Ruiz, B. F, 2007, pág. 4) En ese sentido, se puede decir que, la experiencia humana se representa en caracteres simbólicos que reflejan el papel social que cumple un sujeto en una comunidad o un objeto dentro del mundo. Así pues, estas representaciones dan sentido a los actos, los sujetos y las situaciones, pues son concepciones que habitan lo colectivo y desde donde se pueden pensar, analizar e interpretar lo social.

Ahora bien, se puede decir que, la literatura cumple una labor social, pues es por medio del lenguaje escrito o hablado -en el caso de la tradición oral- que se crean representaciones del mundo. Así pues, estas representaciones se hallan en mitos, leyendas, fabulas, entre otros. Que dan cuenta de la construcción histórica de la humanidad, pues permite remitirnos al pasado y sus múltiples significados. Es así como la literatura cuenta sobre estas representaciones, pero a su vez, también toma posición moral, política o religiosa. Ya que, quien escribe o cuenta los relatos es un ser humano que habita el presente social desde donde interpreta el mundo en todos sus tiempos.

Partiendo de que los sujetos sociales se representan por medio de arquetipos. En el caso del acto de narrar, estos se relacionan con la literatura, ya que, es por medio de esta, que se reproducen, interpretan y crean representaciones de lo social. Esto se hace evidente cuando muchos de los relatos que aparecen en obras de literatura universal apelan a estos arquetipos que se encuentran en mitos, leyendas, entre otros.

Así pues, según Pligia (2007) el acto de narrar estaría ligado a dos modos básicos de la narración, que son: el viaje y la videncia. Entendiendo estas dos prácticas humanas como

decisivas para la construcción de una comunidad, además, representan simbólicamente la experiencia humana a través de arquetipos narrativos. Puesto que los héroes o viajeros añoran su patria, pelean por un ideal, como la libertad o el amor, y en la literatura lo veremos representado en héroes como Ulises. También, siguiendo el modo de narrar del vidente, encontramos figuras representativas como Edipo que es un investigador de signos y huellas.

Se puede decir que, muchas obras literarias se enmarcan en estos arquetipos narrativos que Pliglia y otros autores proponen, sin embargo, como el mismo autor lo dice: “podríamos pensar que hay otro origen del acto de narrar. Porque sabemos que no hay nunca un origen único, hay siempre por lo menos dos comienzos, dos modos de empezar.” (Piglia, 2007, pág. 346) Es decir, existen otros modos de narrar, otros orígenes de la narración que pueden ser visibles, en la medida en que, la sociedad los considere posibles, esto es, que los conocimientos y experiencias humanas desde los que se desprenden estas formas de narrar tengan un valor para ser representadas, memorizadas y narradas.

Ya que, la construcción de arquetipos narrativos, que representan la cotidianidad, impone una generalidad en las maneras de narrar y visibiliza un tipo de experiencias, sin embargo, el poder de las narrativas como una forma de representar la realidad, también cuenta con el poder de invisibilizar o invalidar las narraciones de otros. De hecho:

Las narrativas proveen de canales para acercarse a la relación entre el individuo y lo social, atendiendo al papel que juegan las formas culturales en la creación de significado. Aprender a contar una historia es un asunto cultural guiado por la noción de lo que se considera una historia apropiada, quién puede relatarla y en qué circunstancias. Crear y hacer confluir significados a través de las narrativas es un proceso constructivo y una habilidad aprendida. (Hamui Sutton, 2011, pág. 63)

En definitiva, existen otros modos de narrar, ya que las narraciones se relacionan con los conocimientos y las experiencias humanas que son múltiples y únicas, de manera que, el acto de narrar se abre a la posibilidad de profundizar en otros orígenes y, por lo tanto, en la creación de arquetipos que representen las realidades de los sujetos sociales. En el caso de las mujeres es importante que su participación en la sociedad sea representada, partiendo de sus vivencias, su voz y mirada, con el fin de que ellas se sitúen como protagonista de la historia de los pueblos.

Precisamente, en el texto *El arte de narrar* (2007), Ricardo Piglia dice “podemos imaginar que el primer narrador se alejó de la cueva, quizá buscando algo, persiguiendo una presa, cruzó un río y luego un monte y desembocó en un valle y vio algo ahí, extraordinario para él, y volvió para contar esa historia”. (Piglia, 2007) con este ejemplo se construye un modo básico de la narración, en donde se asocia a la experiencia del viaje como descubrimiento, búsqueda y memoria. Así pues, este modo básico de narrar se construye un arquetipo narrativo, ya que, en la actualidad, encontramos obras literarias que se acercan y acogen a este modo de narración.

Se puede entender que los arquetipos narrativos son formas generalizadas de la experiencia humana, en consecuencia, los arquetipos tales como el viajero o el vidente, son representaciones que permiten a los sujetos sociales validar su experiencia y conocimientos en la palabra, con el fin de que estos se hagan visibles en los relatos de la historia.

Se comprende con mayor claridad, la razón por la cual los conocimientos y memorias de las mujeres como base de sus aprendizajes y experiencias deben ser representadas en el ámbito narrativo a través de arquetipos, pues las mujeres como sujetas sociales deben ser simbolizadas

en la cultura. De hecho, en paralelo a lo que Pligia afirma sobre el primer narrador, también, se puede decir que,

Podríamos imaginar qué la primera narradora tuvo un dolor fuerte en el vientre y una criatura viscosa se escurrió entre sus piernas, lo limpio con su mano, lo acerco a su pecho y lo arrullo con un bramido entre lo tierno y lo salvaje, entonces la creatura dejó de llorar.

Ahora bien, considerando que los arquetipos narrativos tales como el héroe y el vidente, no abastecen el campo de la experiencia humana. En ese sentido, las realidades femeninas son representadas en la literatura como acompañantes y su papel de heroicidad se limita a la fidelidad y lealtad al héroe, como es caso de Penélope, la cual su valor está ligado a la espera y abnegación a Ulises. Creando un arquetipo de la feminidad que sesga el accionar de las mujeres en su cotidianidad. En consecuencia, niega y desconoce que las decisiones de Penélope se relacionan con estrategias políticas o con saberes que protegen los rituales de una cultura, ubicando a la mujer como un ser carente de razón para cuidar de sí misma y de los intereses de una patria. De manera que, sus decisiones se consideran orientadas a la emoción del amor romántico y a la complacencia del esposo. De hecho, se dice que:

Homero construyo el personaje de Penélope dentro del tiempo épico, con una clara función modélica: fundamentalmente fidelidad, dedicación, belleza, preocupación por los intereses del esposo. La intención era contraponer la figura de una heroína femenina al héroe masculino, Ulises. La odisea traduce un concepto propio de la estructura patriarcal de la sociedad preclásica en el contexto egeo, un concepto tomado del folclore antiguo.

La época griega primitiva fue una etapa llena de poderosas figuras femeninas:

Clitemnestra, Hécuba, Andrómaca, etc. Muchas de ellas como Pentesilea, Helena,

Cassandra, Antígona, Electra, Medea y Fedra, representaron la ambición de poder mediante trágicos papeles. Sin embargo, Penélope representaba a la mujer romántica que espera fielmente el regreso de su esposo. Poco a poco ese modelo se ha ido leyendo como independencia, inteligencia, cuestionamiento del yo y del destino, a través de la construcción femenina de la propia historia, materializada en el acto de tejer.

(Sanclemente, 2008-2009, pág. 1)

En ese sentido, es importante la construcción de nuevas narrativas que permitan la conformación de arquetipos, con el fin de que las mujeres puedan representar su existencia en la materialidad de la escritura y romper con estereotipos que han restringido la participación de la mujer en la sociedad como un sujeto decisivo en los procesos sociales e históricos.

Así pues, la creación de una colección de cuentos que parten de las memorias de las mujeres López en Catambuco nos permite acercarnos a estos arquetipos narrativos, desde donde las mujeres son socializadas, como también, crear y oponerse aquellos imaginarios que las ubican a ellas como seres pasivos, dependientes e improductivos. Así pues, se puede afirmar que la creación de narrativas permite que las mujeres escriban su propia historia, desde la búsqueda de su voz narrativa, que parte del autoconocimiento del ser mujer y de la emancipación de su voz frente a las voces que por mucho tiempo la han definido, la han violentado y juzgado sus decisiones desde una mirada patriarcal.

2. Aproximación de arquetipos femeninos en la tradición oral Catambuqueña

Como se afirma en el anterior apartado los arquetipos pueden entenderse como construcciones sociales que habitan el imaginario colectivo, así pues, estos imaginarios pueden analizarse e interpretarse en la escritura o en la tradición oral de las comunidades. Por lo cual,

encontramos que estos arquetipos aportan gran información de las costumbres, saberes, conocimientos y memorias de una comunidad. Un ejemplo de esto, lo encontramos en la tradición oral griega en los mitos y que fueron recopilados por autores como Homero, Hesíodo, entre otros. En estos mitos encontramos figuras representativas que crean un imaginario de las artes, los oficios y la cotidianidad humana. De hecho,

En todo el mundo habitado, en todos los tiempos y en todas las circunstancias, han florecido los mitos del hombre; han sido la inspiración viva de todo lo que haya podido surgir de las actividades del cuerpo y de la mente humanos. No sería exagerado decir que el mito es la entrada secreta, por la cual las inagotables energías del cosmos se vierten sobre las manifestaciones culturales humanas. Las religiones, las filosofías, las artes, las formas sociales del hombre primitivo e histórico, los primeros descubrimientos, científicos y tecnológicos, las propias visiones que atormentan el sueño, emanan del fundamental anillo mágico del mito. (Campbell, 1959, pág. 10)

Se puede decir que, la literatura permite la creación y recopilación de estos mitos y leyendas que representan la cotidianidad humana, en ese sentido, es importante reconocer aquellas figuras míticas que se acercan al papel que cumple la mujer en la cotidianidad de la comunidad Catambuqueña.

Es importante señalar que en este apartado sobre una aproximación de arquetipos femeninos en la tradición oral catambuqueña se utilizará como categoría analítica los arquetipos del inconsciente colectivo propuesto por Gustav Jung, como también la teoría de las representaciones sociales de Moscovici, por medio de las cuales se intentará analizar los símbolos sociales que representan a las mujeres en la comunidad de Catambuco, con el fin de

hablar sobre la importancia de deconstruir la narración a partir de las memorias y la creación literaria.

Encontramos que una de las figuras más significativas del corregimiento de Catambuco se encuentra plasmada en la devoción a la virgen de Guadalupe, esta devoción surge a raíz de las creencias de los antiguos habitantes de la comunidad, quienes cuentan muchas historias entorno a la aparición de la imagen en este corregimiento. Así pues, se cuenta que la aparición se da por el sector de Botana en el siglo XIX y según esto, se relatan tres versiones:

Una que la imagen apareció en una piedra en una pequeña loma de ese sector, la otra es que en una piedra pequeña también se podía ver la imagen de la Virgen de Guadalupe, pero que esta reposa en el hogar de don Arturo Floreos, ya que él se la llevo alegando que su hijo pintó. Pero la leyenda más interesante dice así: por el sitio de Botana y Botanilla en el siglo XIX, los comerciantes tenían que transportar en mulas o en caballos los artículos que desde el puerto de Tumaco llevaban hasta el Ecuador para vender o para hacer trueque con otros artículos. Cierta ocasión los comerciantes dejaron encargada en ese lugar, una caja larga de madera; que paso un largo tiempo sin que nadie volviera a reclamarla, entonces la familia resolvió abrirla para saber lo que contenía en vista de la imposibilidad porque estaba muy bien clavada; resolvieron entonces golpearla con un hacha para partirla, pero antes de golpearla, milagrosamente la caja se abrió quedando descubierto una bella estatuilla de la Virgen de Guadalupe. Algunos aseguran que esta estatuilla era la que estuvo en el templo antes de que llegara la que ahora está en el altar. Sobre esta estatua se afirma que fue traída de España, cuando trajeron la de la virgen de las Mercedes que se venera en la ciudad de Pasto desde el siglo XIX. (Quingo Revista Turistica de Nariño, 2017, pág. 38)

Así pues, la devoción a la Virgen de Guadalupe dilucida uno de los imaginarios más importante de los catambuqueños. Por lo cual, alrededor de la imagen de la virgen se representan algunos símbolos asociados a lugares, prácticas y costumbres de la comunidad. Estas representaciones se asocian a lugares sagrados en donde la comunidad indígena Quillasinga adoraban a otras divinidades. Por ejemplo, se cuenta que, en la vuelta de Botana, por el lugar donde pasa una quebrada, en tiempos atrás era un lugar de culto para los indígenas quillasingas. Sin embargo, debido a la colonización estos cultos se dejan de llevar a cabo. Como consecuencia del olvido de los rituales que se habían en el lugar se cuenta que ahí solían ocurrir muchos accidentes y apariciones fantasmales o asociadas al demonio, por lo cual, los habitantes de la comunidad ubicaron a la Virgen de Guadalupe en la vuelta de Botana. De manera que, aunque los habitantes de esta región desconocen que este lugar guardaba un sentido sagrado por sus ancestros, en la memoria colectiva sigue existiendo el sentido de sacralidad heredado del pasado.

En la colección de cuentos presentada a partir de esta investigación se puede observar como la figura de la Virgen de Guadalupe, se relaciona con la representación de la maternidad, revelando en sus mitos que ella era la partera de muchas mujeres que no lograban dar a luz, como también, se asocia a una representación de la maternidad en tanto la mujer abnegada a las labores de la casa y al cuidado de los hijos. Sin embargo, un relato cuenta que la virgen solía desplazarse desde la iglesia de Botanilla hacia la iglesia central de Catambuco, y que por esta razón debieron hacer una iglesia, ya que, esto representaba la petición de la virgen. Otras historias cuentan que la virgen salía a ayudar a las mujeres cuando tenían partos difíciles, sin embargo, debido a que las calles de Catambuco no son pavimentadas la virgen se ensuciaba su vestido, por lo cual, un sacerdote le corto el pie a la imagen. Estas historias pueden decirnos mucho sobre los imaginarios y las realidades que pasaban las mujeres en su cotidianidad. Un

ejemplo de esto se puede asociar al hecho de que las ellas debían pedir permiso para salir de la casa, debían salir con una mujer mayor o con una figura masculina, con el fin de que no les sucediera nada malo.

Por otro lado, la imagen de la Virgen de Guadalupe se relaciona con el agua como un elemento sagrado para las comunidades que habitaron el territorio y, que hoy en día, aún se considera parte del patrimonio territorial, por lo cual, en la comunidad de Catambuco se intenta que el agua sea pensada desde lo comunitario, y que, el proceso de tratamiento del agua sea autónomo a empresas ajenas a la comunidad.

En este sentido, la imagen de la Virgen se asocia en muchos casos con elementos naturales como la luna y las estrellas, de hecho, se encuentran estos elementos dentro de las vestiduras y ornamentos en la imagen. Así pues, es importante resaltar que la devoción a la Virgen de Guadalupe proviene de la cultura mexicana, con la aparición de la virgen al indígena chichimeca Juan Diego Cuauhtlatotzin en el cerro del Tepeyac, aproximadamente en el año 1531. (Wikipedia , 2021) Sin embargo, la devoción hacia la Virgen de Guadalupe en Catambuco posee particularidades específicas del territorio y la historia. Pese estas diferencias la Virgen de Guadalupe Catambuqueña guarda muchos elementos ornamentales que se relacionan con las Virgen de Guadalupe Mexicana.

Así pues, encontramos que la virgen Guadalupana tiene una luna en sus pies con dos estrellas en cada punta, además de un ángel que sostiene la luna. Respecto a este símbolo se dice que:

La imagen actual de la Virgen de Guadalupe tiene un ángel a sus pies. Las alas del ángel con rostro indio son de color blanco, rojo y azul, tienen relación con el Cosmos, como si María fuera la Reina del Cosmos. Sobre el ángel está la luna. La Virgen está al centro de

la luna o, como decían los indios, en el ombligo de la luna. Precisamente, la palabra México en náhuatl viene de Metzli (luna) y Xictli (ombligo o centro), lo que quiere decir que María está en México, que es el centro de la luna. (OAR, 2011, pág. 15)

Por otro lado, la virgen posee un manto que según expertos en el tema representa el cielo, y que cuenta con 46 estrellas, las cuales formaban la constelación del cielo el día de su aparición. De hecho,

Es interesante anotar que en las 46 estrellas del manto de la Virgen se sobreponen 15 constelaciones: Boyero, Cabellera de Berenice, Perros de caza, Osa menor, Dragón, Toro, Ofiuco, Escorpión, Libra, Hidra, Lobo, Centauro, Cruz del Sur, Can menor. Las constelaciones están invertidas como si alguien las viera, no desde la tierra como las vemos nosotros, poniendo la Tierra como centro. Están plasmadas como vistas por fuera de la bóveda celeste. Sobre la imagen de la tilma de Juan Diego, se colocó un mapa celeste invertido y el resultado fue que las estrellas del cielo invernal coinciden con la posición de las estrellas del manto. Y marcan la fecha de la última aparición del 12 diciembre, el día del solsticio del invierno. (OAR, 2011, pág. 16)

Ilustración 5 Virgen Guadaluana



Fuente: German Vallejo (2020). Virgen Guadaluana [Fotografía] Blog Viajar en verano. Pasto, Nariño.

<https://www.viajarenverano.com/catambuco-pasto/>

Cabe resaltar que la devoción a la virgen de Guadalupe cumple una función de protección a la comunidad de las plagas, los terremotos, y demás catástrofes naturales. De hecho, se cuenta que,

Una mañana del 20 de enero de 1834, San Juan de Pasto y sus alrededores es sacudido por la erupción de un volcán “ciego” que buscaba emerger de la tierra. Un volcán, llamado por los quillasingas como Patascoy que significa “vecino de las aguas” por su proximidad a la cocha, destruye todo lo que encuentra a su paso haciendo sucumbir a nuestros antepasados en el dolor y la angustia. En esa fecha, y movidos por el miedo y la desesperación, los catambuqueños imploran a la clemencia y protección de Nuestra Señora de Guadalupe, quien escucho gustosa sus plegarias, y los salvaguardo del horror

que el resto de la ciudad vivía. Se prometió desde aquel día, que cada 12 de diciembre se llevaría a cabo una gran celebración y que cada 20 de enero se celebraría la renovación del juramento a la patrona. (Quingo Revista Turistica de Nariño, 2017, pág. 40)

Son muchos los relatos que se cuentan sobre la Virgen de Guadalupe como protectora de la comunidad y en los que se relaciona su imagen con la vida, la naturaleza y la proveniencia divina. En este sentido según la teoría arquetípica de Jung (1954) se puede decir que, este reconoce dos principales arquetipos femeninos que son: la madre y el anima, los cuales cuentan con dos principios fundamentales como la compensación y el equilibrio de los opuestos.

El primero lo emplea para referirse a la acción homeostática del inconsciente, el cual, a semejanza del cuerpo humano, busca un equilibrio siempre en la psique del sujeto. Por ejemplo, según Jung, una persona sumamente introvertida puede buscar compensación inconsciente en sus sueños al verse como alguien extrovertido. En este sentido, el equilibrio de los opuestos es un principio que Jung deriva de la compensación, y que implica polaridades y dicotomías en cada aspecto de la personalidad. De esta manera, ambos principios explican la razón por la cual se manifiestan unos arquetipos y no otros, es decir, la manifestación de los arquetipos está en función de las necesidades personales y la situación psicosocial del sujeto. (Estramiana, J. L. Á., Galdós, J. S., & Ruiz, B. F, 2007, págs. 134-135)

Así pues, el arquetipo de la madre estaría relacionado con aquella que da la vida, pero conforme al principio de polaridad, también la que puede quitarla. De manera que, por un lado, su simbolismo abarca la tierra fértil, la creadora, pero, por otro, la muerte, la tumba y el poder destructivo de la naturaleza. Por lo cual, en relación con los relatos que se cuentan en Catambuco encontramos que la imagen de la Virgen de Guadalupe está asociada a este arquetipo de la

madre, ya que, cumple un papel representativo de la mujer que da la vida, que está ligada a lo natural, pero también, guarda un misterio, pues tiene el poder de dominar los elementos naturales, por lo cual, también podría destruir con ellos.

Así pues, Jung (1954) dividirá el arquetipo de la madre en cuatro categorías: (1) Autoridad, sabiduría y altura espiritual más allá del intelecto. (2) Lo bondadoso, protector, sustentador, lo que da crecimiento, fertilidad y alimento -lo maternal- (3) Lugar de la transformación mágica, del renacer; el instinto o impulso que ayuda. (4) Lo secreto, escondido, tenebroso, el abismo, el mundo de los muertos, lo que devora, seduce y envenena, lo angustioso e inevitable. (Jung, 1954)

En la colección de cuentos que se crean a partir de las memorias de las mujeres en Catambuco se logra identificar que este arquetipo se hace presente en los relatos, mitos y leyendas que cuentan las mujeres López, habitantes de la comunidad. De hecho, estos sucesos atraviesan la vida de ellas, de modo que, nos permite acercarnos de manera profunda a los imaginarios que circulan en el corregimiento de Catambuco.

En ese sentido, se puede observar que las mujeres López viven las fiestas patronales con gran devoción y que en sus relatos aparece constantemente el nombre de la virgen con el fin de protegerse. Encontramos por ejemplo la expresión “*Virgen Santísima de Guadalupe*” o “*Virgencita de Guadalupe*”. Sin embargo, en sus relatos de vida podemos apreciar que ellas guardan gran temor a los eventos naturales, asumiendo estos hechos como castigo de la divinidad que exige tributos y ofrendas. Así, las mujeres de esta región son muy devotas, pues le atribuyen milagros a la virgen, afirmando que ella ha limpiado la tierra y el agua de las plagas, como también, ha hecho que la tierra y los volcanes calmen sus movimientos. De hecho, se cuenta que en un tiempo hubo una plaga de babosas y que los habitantes de Catambuco al verse

desesperados por sus cosechas ofrendaron a la virgen Guadalupe una babosa y un par de aretes de oro, los cuales fueron consagrados por el párroco de la época. Sobre estos accesorios se cuentan muchas historias sobre robos e intrigas.

De esto, se puede decir que, la imagen de la virgen de Guadalupe se instaura en el arquetipo de la madre como una representación del inconsciente colectivo, entendido como un elemento social que refleja los sentidos que se heredan de la cultura. De hecho, se afirma que Jung avanza en la teoría sobre el inconsciente de Freud, al ampliar su sentido de lo individual hacia lo colectivo. Sin embargo, autores como Durkheim y Moscovici brindan un acercamiento de estos arquetipos desde la sociología, con el fin de comprender el papel social que cumplen las representaciones. Así pues,

Los avances que hace Moscovici son de gran utilidad analítica y hermenéutica al señalar que las representaciones sociales son construcciones del conocimiento de sentido común que tienen sus raíces en los procesos de anclaje y objetivación. Moscovici nos da así unas herramientas conceptuales con las que vincular la psique individual con los procesos sociales de construcción de sentido de la realidad. (Estramiana, J. L. Á., Galdós, J. S., & Ruiz, B. F, 2007, pág. 5)

Sobre esto, cabe resaltar que las memorias de las mujeres López en Catambuco nos permite un acercamiento a los imaginarios colectivos de la comunidad y el territorio, estos imaginarios son analizados como arquetipos, entendiendo que estos se relacionan con la escritura como símbolos que son requeridos en la construcción de cuentos o relatos. Además, permite mejor comprensión a cerca de como la creación de una colección de cuentos que parten de las memorias de mujeres pueden contribuir al cambio social y político actual. Por ende, como la literatura construye imaginarios sociales.

Ahora bien, Jung propone en su teoría sobre la representación de la mujer, el arquetipo de anima, este arquetipo estará representado por categorías que cumplen las características de compensación y polaridad. Estas categorías están divididas de la siguiente manera: (1) Vieja vs joven. (2) Hada buena vs bruja. (3) Santa vs seductora. (Estramiana, J. L. Á., Galdós, J. S., & Ruiz, B. F, 2007)

Teniendo en cuenta las categorías del arquetipo de anima, se puede afirmar que, Catambuco es un lugar donde circulan mitos, leyendas y relatos con los que se puede relacionar este arquetipo, por lo cual, en la colección de cuentos que parten de las memorias de las mujeres López, habitantes de este corregimiento, se puede apreciar algunas figuras que permiten una aproximación a la teoría de las representaciones colectivas. Algunos casos son:

- ❖ Vieja vs joven: en las memorias de las mujeres López en Catambuco se encontró el relato de una mujer que habita las cuevas donde se saca la arena, y que, se enamora de los hombres llamados José. Cuando “la vieja” se enamora de un hombre lo saca de la casa y se lo lleva a las montañas, donde lo hace caer de un precipicio. También se cuenta de este espectro que suele aparecerse a los borrachos cuando se quedan dormidos en las calles; algunos de ellos cuentan que es una mujer aparentemente bonita y joven, muy voluptuosa que los seduce, pero cuando se acercan a ella se convierte en una mujer fea, con los senos muy grandes y que tiene la intención de estrangularlos con estos. Las mujeres López cuentan que el remedio para que esta mujer se aleje y no haga daño o como también lo llaman “el contra” es insultarla, desfajarse la correa y pegarle al piso, escupiendo.

En el mito sobre “la vieja” podemos apreciar la dicotomía de mujer vieja vs joven, de la cual se muestra a la mujer vieja como una figura de terror y miedo, pero que se vale de la

seducción de la joven para atraer a los hombres. En ese sentido, este arquetipo como representación social, permite analizar la construcción del imaginario que se tiene de la mujer en una comunidad. Se observa notablemente que esta construcción esta permeada por aspectos religiosos y morales que ubican a la mujer como un ser peligroso.

Es importante resaltar que en las memorias de las mujeres López, también se pueden encontrar relatos sobre figuras jóvenes que se aparecen en los caminos o los ríos. En la indagación sobre el sentido de estas apariciones se logra determinar que muchos de estos espectros son mujeres que murieron a causa de feminicidio o violación. Así pues, ellas cuentan el caso de una joven que se encontraba en la celebración de las fiestas de la vereda San José, de Catambuco, y que, en la noche decide volver a su casa, pero en el camino encuentra a dos hombres que la violan y la asesinan, dejando su cuerpo empalado en el río San José. Las mujeres López cuentan esta historia porque algunas de ellas habitaban cerca al lugar donde ocurrió este femicidio, por lo cual, ellas y otros vecinos del sector cuentan que en el río o en el camino “*se aparece la finada*” pidiendo que le digan por donde es el camino al centro de Catambuco.

Se puede afirmar que, los imaginarios que parten de estos arquetipos desde los cuales se analiza la realidad social que vive el corregimiento de Catambuco están inmersos en una estructura de dominación masculina, donde la mujer en tanto que vieja es una figura de temor y terror, ya que, dejando atrás su juventud, recuerda a la madre, como una figura de santidad y respeto, pero como joven es una figura de seducción, que se percibe desde el deseo del hombre. De ahí que, la seducción sea una invitación que transgrede el deseo de la mujer y por lo tanto violenta su integridad.

- ❖ Hada buena vs bruja: en las memorias de las mujeres López en Catambuco encontramos que este arquetipo es asumido por las mujeres curanderas y parteras

que dotaban de dones y bienestar a la comunidad, pues estas mujeres son conocedoras del poder de las plantas curativas y medicinales. También muchas de ellas conocen el arte de la partería. El relato que cuenta una de las mujeres López es sobre la partera de la comunidad, la cual se llamaba Julia y atendía los partos de la familia, además curaba de los males que padecen las mujeres embarazadas como entuertos, pujos, cólicos, mal posiciones, entre otros. Este arquetipo tiene como contraparte a la mujer bruja, de la cual las mujeres López también cuentan en sus memorias, sin embargo, lo que caracteriza a estas mujeres es la maldad y la carencia de instinto maternal.

En los relatos de brujas se encuentran casos de mujeres reales, vecinas o familiares que son vista volando por la noche. Es interesante observar que en la indagación sobre la vida de estas mujeres a las que se las señala de brujas en el corregimiento, se encuentra que muchas de ellas están dentro de otros relatos donde aparecen como mujeres infieles, que practicaron o ayudaban a otras mujeres a abortar. Es decir, encontramos que detrás de la representación de la mujer bruja habitan mujeres que transgreden lo que la norma social espera de ellas.

- ❖ Santa vs seductora: como se había afirmado anteriormente, la representación del arquetipo de madre se relacionaba con la santidad o la proveniencia, de modo que en esta categoría se ubica la imagen de la Virgen de Guadalupe. También como se había ya nombrado que, muchas memorias evocan la imagen de la virgen de Guadalupe en los cuales cumplía el papel de ayuda, protección, autoridad sobre las cosas que no se pueden ver.

Ahora bien, podemos apreciar que la mujer como santa guarda un simbolismo relacionado con toda la tradición judío cristiana y, por lo tanto, con figuras como Eva, María,

entre otras. La mujer guarda esta relación con lo sagrado, pues se las primeras religiones se consideraba que la mujer como creadora tenía un poder asociado con lo místico, pues tenía el don de crear la vida. Sin embargo, hoy en día, en una sociedad dominada por una jerarquía de poder patriarcal la santidad se relaciona a la mujer que reprime o desconoce su deseo por el deseo de los demás, especialmente por las figuras masculinas, por lo que, a la mujer santa se le reconoce la fidelidad, la bondad como madre, la modestia, entre otras aptitudes.

En contraposición de esta categoría, encontramos a la mujer seductora. La cual podemos relacionar en los relatos que cuentan las mujeres López, con la leyenda de la mujer mula. Cuentan que una mujer había tenido relaciones sexuales con el cura de la parroquia, por lo cual, todas las noches de luna llena se convertía en mula como un castigo divino. Así pues, se puede apreciar en este relato como la mujer es castigada por seducir al hombre al pecado, y como este imaginario ubica a las mujeres como peligrosas o seres tentadores, mientras que a los hombres como figuras que no pueden controlar sus instintos.

Es importante decir que esta es una aproximación a los arquetipos que se pueden observar en los relatos que circulan en la comunidad de Catambuco y que gracias a las memorias de las mujeres López se han podido recopilar y analizar como parte de la creación de una colección de cuentos. Esto con el fin de hablar sobre la importancia de que las mujeres creen narrativas desde sus propias vivencias, pues esto contribuye a hacer oposición a aquellas narrativas que ubican a la mujer como un ser abstracto, sin voz y sin experiencias significativas. Como también, mostrar la parte de ser mujer de la que ningún arquetipo hasta el momento habla, con el objeto de cambiar las formas en las que hasta el momento han sido representadas las mujeres y denunciar que formas simbólicas respaldan la violencia ejercida hacia ellas.

Capítulo IV: Colección de Cuentos Narrar Memorias De Mujeres

Desde muy pequeña mire a las mujeres de mi familia desenvolverse en un mundo que no les correspondía, en un lugar en el que ellas nunca se sintieron a gusto. La única forma de que lograra salir de aquel mundo, siendo niña, era que yo no fuera como ellas. Todos sus esfuerzos se centraron en que yo saliera adelante olvidándolas y ocupándome de cosas importantes, y no, de trivialidades como ellas. De niña no lo sabía, pero intuía, que aquello era lo único que me pertenecía en el mundo, y luego, sin ser consciente del porque o cuando paso, las mujeres de la familia de mi madre eran todo lo que no debía ser, eran aquello de lo que siempre debía huir y escapar para poder vivir en paz, ser reconocida y libre. Estas mujeres fueron envejeciendo, muriendo, dejando este mundo, y llevándose con ellas, lo único que me había pertenecido desde siempre.

Veía aquellas mujeres en las fotos del álbum familiar, las veía en mis sueños, eran visiones que nunca entendí, revelaciones sin sentido que me llevaron a escribir por primera vez un cuento. La intuición de escribir cada noche como si dentro mío existiera una llama que no se consume, pero también un misterio, un dolor con el que había nacido, pero no tenía nombre, el sentimiento de soledad que me acompaña desde siempre. Desterrada de mi lugar encontraba un lugar en las letras, en la creación de un mundo que le daba sentido a mi vida.

Paso el tiempo, los años y un día me encontré en medio del camino siendo la mujer que no debía ser, siendo el deshonor de mi familia, repitiendo la misma historia de mis abuelas y ahora con una hija en mis brazos, que no sabía que decirle quien era yo y quien era ella, acaso ¿una desterrada más del mundo?, ¿una enemiga natural?, ver crecer a mi hija siendo mujer y niña

era un dolor en la ternura, por aquella mirada de grandes ojos negros que debía cuidar y legarle algo que ella pudiera reclamar como suyo.

Aquellos sueños, aquellas visiones y revelaciones se convirtieron entonces en pesadillas, extrema delgadez y tristeza. Días en los que no pude escribir una sola frase, en las que no había palabras para nombrar el vacío, me había convertido en silencio. No volví a escribir por más de dos años, rompí todos mis cuadernos, todas mis historias, se rompió mi corazón; los cuadernos deshojados, las hojas rasgadas, y entre mis pedazos se entreveían las palabras que se habían despedazado en mí, ya no había palabras, ni historias posibles.

Aquella pequeña, mi hija, sin duda lo más hermoso que habían creado mis entrañas muy fértiles y enamoradas habían dado la vida a un ser que no esperaba, pero que desde el día que supe que existía podía verla en mis sueños; sentir sus movimientos dentro de mi carne, escuchar su voz que me llamaba. Ella se había convertido en todo para mí, pero no sabía cómo estar en su vida. Ella me abría sus brazos, con todo amor, con toda entrega, yo la levantaba del piso y la apretaba a mi pecho, pero en las noches, cuando ella dormía yo lloraba buscando los brazos de mi madre, su arrullo, su amor y ya no estaba. En su lugar, había una mujer frente a mí que ya no era mi madre, sino una mujer y no podía entender porque no había podido ser mi madre para siempre.

Mis recuerdos de niña pasaban una y otra vez frente a mis ojos, volví a buscar las fotos de mi infancia y perdida entre los recuerdos y un presente del que huía escuche la voz de mi madre, aquella voz que en el presente se pasaba todo el día dándome ordenes, que siempre me decía que hacer con mi vida, la mujer que hasta ese momento no se dedicaba a más, sino a cosas triviales, que su vida se limitaba de ir de la cocina a su cuarto y de los quehaceres aburridos de la

casa a la iglesia, era yo misma, mi destino, volví a mi primera historia, la que me contaba del día en que había nacido y que había olvidado. La voz de mi madre que me narraba como había llegado al mundo una noche después de comer dulce de calabaza, su voz no solo me dio la vida física, sino también, cuando nada tenía sentido me mantuvo con vida, entonces tome el hilo de su palabra para tejer un nido donde pudiera habitar y arrullarme.

Había olvidado mi historia, un lugar narrado por todas las mujeres de mi vida, una historia en donde no solo había amor, sino también los fantasmas que atormentaban a estas mujeres y que sin querer también son mi herencia. Aun así, en toda la sombra de mi ser, siempre sería la niña ojos de motilón, la muñeca de sololoy de mis abuelas. El día que volví a escuchar las voces de mis sueños, a escuchar a mi madre como una mujer, a aceptarme como una más de ellas, a mi madre, a mis tías, a mis abuelas como artistas de historias, desde el día que descubrí en mi linaje el don de narrar, ese día volví a escribir y estas son las historias que contare.

El Nacimiento De Una Ausencia

El piso cubierto de carbón. La mañana es soleada y las niñas juegan en el patio, siempre hay ruido en la casa de Elvia. La puerta permanece abierta y sus oídos prestos en la espera del claxon que anuncia la llegada del esposo. Las niñas se han ido a la calle y Elvia lava los trastes en una callana de agua tibia que los rayos de sol colorean violeta y azul por el aceite y el jabón. De repente se escucha un ruido, un golpe que inquieta los rayos de luz, que rebota de las tejas a una pilastra de la casa. Elvia abre los ojos del susto, se acerca, es una tórtola a la que le sangra la pata y aletea en el piso intentando volar. Ella la toma en las manos, su expresión no es de compasión, sino el de una niña que juega con sus muñecas. Pone la tórtola en un pequeño banco en donde está su chalina, con los dedos le mete arroces en el pico, entonces, se percata que la sangre viene de una uña abierta. La tórtola reposa algunos minutos y se baja del banco, Elvia sabe que la tórtola se irá, al fin todos nos iremos -piensa- mientras termina de lavar los trastes y se mete a la cocina, pero cuando sale al patio la tórtola sigue ahí y seguirá ahí, siempre detrás de Elvia, siempre al filo de la cama esperando que ella abra su pico para meterle arroces y pedazos de mote, siempre en el piso negro por el carbón unas plumas blancas en la casa.

Meses antes de que las hemorragias se agudizaran la tórtola se había marchado. Elvia en los delirios de la agonía se preguntaba si sería por el olor de la sangre, o si más bien porque vino anunciar algo. Ya cuando la piel se le pagaba a los huesos y su boca se hundía por la sed, el dolor de aquel cuerpo desahuciado le hacía soñar que su tórtola volvía desde el cielo, ella tomaba el sol que la abrigaba y la rejuvenecía, mientras, aquella tórtola de plumas blancas abría sus alas que resplandecían por la luz del sol.

Eran las once de la noche y las mujeres habían salido de la habitación de Elvia; cuando habían puesto la cabeza en la almohada escucharon que uno de los hijos grito `mi madre se fue`. Ya no hubo tiempo para dormir, aquellos días se convirtieron en una noche muy larga, que por la falta de sueño y la ropa de luto parecían ánimas en pena caminando en el limbo.

El cuerpo rígido y reducido por la enfermedad fue sacado rápidamente fuera de la cama, como un mensaje de que otro lugar la aguardaba. Mientras limpiaban el cuerpo, los fluidos que no hallaban por donde salir hincharon las venas. Las mujeres hicieron la tarea rápidamente, pues daba la impresión de que en cualquier momento el cuerpo estallaría.

Elvia – o lo que había dejado de ella la enfermedad –permanecía en la mesa de una pequeña habitación que daba al patio. Las mujeres la habían envuelto en cobijas, que de lejos daba la impresión de que estuviera abrigándose, como la imagen que entrañaba el deseo de que la madre se parará y siguiera con el tejido que había quedado a medio hacer en una canasta. Dejaron el cuerpo solo, como si de repente se fuera a escuchar el chirrido que produce la fricción del hilo con las agujetas, y así, mirar nuevamente aquellas dos manos moverse en una danza, y sus dos ojos fijos a los que se le revelaba una visión, un destino para aquella lana azulada que un día fue saco, pero que nadie quiso, y que ahora, esperaba convertirse en una manta o un tapete para la mesa de noche, pero no, la línea que trazaba el destino estaba cruzada, como una quiromancia que desde antes había anunciado que aquella lana rodaría de lugar en lugar y de mano en mano, hasta hallar un lugar oscuro y húmedo debajo de la pila, y ahí, acabaría su existencia sucia e inútil, mientras aquellas manos que algún día portaron su destino ahora yacían pálidas, casi transparentes, una mano encima de la otra cubriendo un rosario de pepas blancas.

La hija menor no pasaba de los siete años y la muerte no significaba más que ver a su madre dormir en una caja. Aquella mañana antes de que el féretro fuera puesto en la sala

principal de la casa, subieron a la pequeña encima del ataúd, entonces, su hermano mayor la elevó con las manos para que diera tres saltos. Las comadres de la finada se habían vestido de negro, con la cara cubierta por las ojeras y la vejez permanecían silenciosas, guardando su voz para las letanías a la virgen. La niña dio tres saltos como jugando a la semana, y aunque las pisadas no sucumbieron al silencio, el artillugio de la muerte de convertirlo todo en ausencia hizo que aquellos saltos de trueno se convirtieran en la imagen de una chispa que es vencida por el viento.

Antes de ir a la cama vistieron a la niña con una blusa de pijama, que era grande para su cuerpo y que aún guardaba algo del perfume y el jabón de su madre, según las vecinas para evitar el acausamiento, y que a la niña se la fuera a llevar la finada. Sin embargo, esa misma noche, antes de que la pequeña cerrara los ojos, escuchó que alguien abría la puerta. La pequeña pudo intuir en la oscuridad que era su madre que había despertado, y que como siempre llegaba a salvarla de las sombras que aparecían en la noche. La niña le abrazó sin abrir los ojos; su cara buscó un espacio entre los senos de su madre y de inmediato encontró aquel aroma inconfundible que desprendía de su pecho, y los escapularios de la virgen del Carmen que colgaban del cuello. Nada más le hizo falta para saber que era ella, que estaba ahí, y deleitarse en la calidez del abrazo que la arrullaba.

Para la pequeña los miedos de los adultos eran como la letra de una ronda infantil, como la rima de dos palabras que sin nada que ver sonaban bien juntas, algo inentendible que a veces lograba asustarla y hacerla llorar, pero que no habían sido creadas para ser descifradas en los delirios de la infancia. Años después, quizás, habría aprendido a vivir con ellos, a esquivar con astucia aquellas palabras que le producían miedo, habría tenido que verlas de frente o ignorarlas para seguir viviendo. Pero en ese momento, para aquella conciencia que sabía de flores,

canciones de cuna y juegos, la madre permanecía dormida en aquel cajón. Sin comprender las palabras de los adultos, cerraba los ojos y se marchaba a jugar con sus muñecas; Luciana sabía que su mamá pronto iría a despertar y la llamaría a comer aquel revuelto de ollucos y tomate que no le gustaba. Pero, más tarde, mientras miraba sacar las cosas de su madre le fue revelado un sentimiento que se convirtió en pregunta y que nadie pudo responder en pocas palabras. Sus preguntas parecían no tener respuesta, y aquel sentimiento nacido de pronto en la pequeña, que al no poder darle un nombre al nacido se convirtió en un dolor de estómago que no la dejaba comer nada. Entre aguas de manzanilla y ajeno un recuerdo llegó a su mente. Eran los tiempos de villancicos y las pasadas del niño, cuando vestida de ángel regaba el camino de flores para la virgen. Y que ahora, eran lo más cercano a una respuesta, a un nombre para aquello que era evidente, pero que, sin la materialidad de una palabra, la pequeña lograba apenas intuirlo, sabía que se acercaba a ella como una sombra que traía en sus manos, recuerdos de un pasado muy, muy cercano, colorido por luces navideñas, adornado de serpentinas y una canción que le gustaba.

Oh niño en cuyos ojos el Sol fulgura/ Cerrarlos acercarme de noche oscura/ Pero cierra, bien mío, tus ojos bellos/Aunque tu madre muera sin verse en ellos/A la nanita, nana/Nanita, nana, nanita ea/Si mi Jesús tiene sueño/Bendito sea, bendito sea.

Aquellos recuerdos de canciones infantiles, de villancicos y serpentinas se mezclaron con las letanías que aquellas señoras tan o más viejas que el mismo pueblo y que repetían mientras pasaban las pepitas del rosario. En esa musicalidad de la casa, la pequeña reconocía la ausencia de la madre, la ausencia de su voz, pero que, al no encontrarla, al no ser material solo pensaba en que su madre jugaba a ignorarla o que podía estar enojada con ella. Sin embargo, esa madrugada volvió a su lado, y aunque ya empezaba a aclarar y la luz a meterse por entre las rendijas de las

puertas, la pequeña no quiso abrir los ojos, le bastaba con saber que estaba ahí, que si estaba enojada no sería con ella.

Así pasaría tres días reflexiva mirando el féretro, esperando que mamá se levantara, y le dijera, -Luciana ve a jugar con tus muñecas y se buena niña. El llamado de su madre no llegaría mientras permanecían sus ojos expectantes, ni llegaría aquella noche cuando esperaba que su madre le arrullara los sueños.

A la mañana siguiente hacia frio y por la ventana se podía ver el cielo gris, que para Luciana parecían nubes muy enojadas o tristes, y en aquella indecisión la pequeña permanecía acostada sin salir de la cama. Serían las ocho de la mañana cuando en el pasillo se sintieron unos pasos suaves e inconfundibles. La puerta se abrió, y junto a el chirrido de las bisagras se escuchó una voz que había traído con ella a todos los vientos del pueblo, hasta aquellos vientos malditos que hacían persignar a las mujeres y que evocaban el nombre de Caín errando por el mundo, los vientos de agosto que hacían remolinos con el polvo de las calles y llenos furia hacia rechinar las tejas hasta hacerlas aullar, un aire polvoriento levanto las cobijas e hizo mover las cortinas de las ventanas. La niña que tapaba su rostro a dos manos escucho su nombre que se esparcía por el cuarto, un grito que la llamaba "*Vamos Luciana*".

La pequeña no quiso regresar a ver, espero a que se acostara a su lado, pero no paso. Solo después de mucho tiempo una noche de fuertes vientos recordó esa voz que la había llamado mientras dormía, y quizás, volvieron a su mente aquellos momentos de su vida infantil; pero los recuerdos tomaron forma de un sueño muy vivido, y al final, sin querer abrir los ojos y aun somnolienta, con las cobijas en la cara pensaba en que si hubiera regresado a mirar a su madre seguro habría muerto. Los recuerdos se hicieron sueños, y de ahí, no paso mucho para que se olvidaran, pero quedaran en ella como una marca, como una herida en la espalda que dolía, pero

incapaz de curarla por sí misma, de conocer siquiera su existencia se manifestaría en terror a la oscuridad por aquellas sombras que la persiguieron desde niña.

Aquella mañana la vistieron toda de blanco que parecía uno de los angelitos que se ponen encima de las tortas de bautizo. Para entonces, aquellas preguntas sin respuesta, sin articulación con una palabra que le permitieran entender que pasaba, se habían convertido en la sensación de que en cualquier momento se tragaría la lengua. Y esa tarde cuando las campanas de la iglesia sonaron, Luciana sentada en la entrada de la casa miro que sacaban a la madre en procesión hasta la iglesia, permaneció en silencio, pero por dentro un clic clac replicaba en su cabeza, como una orquesta que acompañaba el compás de las campanas que anunciaban al pueblo el último adiós; El clic, clac de reloj, que subía poco a poco por su esófago, y que si no hubiera sido porque se mordía los labios con fuerza los habría escupido en medio de todos.

Al terminar la misa, el féretro desfiló por las gradas de la iglesia y la procesión siguió hasta llegar al cementerio del pueblo, un lugar en una loma, en donde los ataúdes simulaban edificios. Estando ahí, su padre y hermanos encerraron a su madre en un hueco que taparon con ladrillos; como si quisieran que mamá no saliera nunca. Aquella imagen que la niña contemplaba con la boca abierta hizo que aquella asfixia subiera hasta el rostro, entonces, las lágrimas y la rabia aparecieron. Tuvieron que llevarla a rastras a casa, pero ella, se apoyaba con fuerza de los barrotes de la puerta principal del cementerio y gritaba `déjenla salir de ahí, ella va a despertar. Esta muy enojada con ustedes`.

En los hijos mayores los llantos se hicieron un gruñido, una tos seca que deformaba sus rostros y que fue más fácil lidiarlo en el delirio del alcohol, sin mirarse ni hablarse entre ellos, ni con nadie. Perdiendo la razón por un momento, salvándose de la angustia de ver aquellos rostros deformes que se retorcían y lloraban.

Doris, la hija mayor de Elvia, tomo el lugar de una madre. Ya no había tiempo para llorar, solo para superar la juventud y ser fuerte por sus dos hermanas, que aún eran niñas y que al no reconocer aun que era la muerte, a su parecer, la utilizaron como un chantaje para cumplir sus caprichos.

Fueron tres días que la casa familiar fue invadida por un grupo de mujeres y sus maridos que se movían por todo lado con ollas y animales para sacrificarlos, algunos rezaban en la sala y servían el café para los que acompañaban el velorio, y otros que nadie conocía, pero que igual estaban. Al final llegaron comadres y compadres, ahijados y ahijadas, conocidos y desconocidos que decían venir de la vereda de donde provenía Elvia. Un caserío de pocas casas en medio de lo inhóspito de la montaña. Y allá un rio y una casita de paredes de barro, el aire frio y fresco que se penetraba muy adentro, y Elvia sentada frente a la casa esperando que el sol la calentara, mientras peinaba sus cabellos que empezaban a tomar un brillo como la plata, y ahí, como parte del paisaje verde y marrón estaba ella descansando, y desde ahora para siempre.

Pasados los tres días de velorio la casa quedo desolada. Las pertenencias de Elvia ya no estaban en los armarios ni en la cocina ni en ninguna parte, todas aquellas cosas que habían significado el paso de ella por la casa se habían vuelto invisibles: su anillo de El piso cubierto de carbón. La mañana es soleada y las niñas juegan en el patio, siempre hay ruido en la casa de Elvia. La puerta permanece abierta y sus oídos prestos en la espera del claxon que anuncia la llegada del esposo. Las niñas se han ido a la calle y Elvia lava los trastes en una callana de agua tibia que los rayos de sol colorean violeta y azul por el aceite y el jabón. De repente se escucha un ruido, un golpe que inquieta los rayos de luz, que rebota de las tejas a una pilastra de la casa. Elvia abre los ojos del susto, se acerca, es una tórtola a la que le sangra la pata y aletea en el piso intentando volar. Ella la toma en las manos, su expresión no es de compasión, sino el de una niña

que juega con sus muñecas. Pone la tórtola en un pequeño banco en donde está su chalina, con los dedos le mete arroces en el pico, entonces, se percató que la sangre viene de una uña abierta. La tórtola reposa algunos minutos y se baja del banco, Elvia sabe que la tórtola se irá, al fin todos nos iremos -piensa- mientras termina de lavar los trastes y se mete a la cocina, pero cuando sale al patio la tórtola sigue ahí y seguirá ahí, siempre detrás de Elvia, siempre al filo de la cama esperando que ella abra su pico para meterle arroces y pedazos de mote, siempre en el piso negro por el carbón unas plumas blancas en la casa.

Meses antes de que las hemorragias se agudizaran la tórtola se había marchado. Elvia en los delirios de la agonía se preguntaba si sería por el olor de la sangre, o si más bien porque vino anunciar algo. Ya cuando la piel se le pagaba a los huesos y su boca se hundía por la sed, el dolor de aquel cuerpo desahuciado le hacía soñar que su tórtola volvía desde el cielo, ella tomaba el sol que la abrigaba y la rejuvenecía, mientras, aquella tórtola de plumas blancas abría sus alas que resplandecían por la luz del sol.

Eran las once de la noche y las mujeres habían salido de la habitación de Elvia; cuando habían puesto la cabeza en la almohada escucharon que uno de los hijos gritó `mi madre se fue`. Aquella noche ya no hubo tiempo para dormir, aquellos días se convirtieron en una noche muy larga, que por la falta de sueño y la ropa de luto parecían ánimas en pena caminando en el limbo.

El cuerpo rígido y reducido por la enfermedad fue sacado rápidamente fuera de la cama, como un mensaje de que otro lugar la aguardaba. Mientras limpiaban el cuerpo, los fluidos que no hallaban por donde salir hincharon las venas. Las mujeres hicieron la tarea rápidamente, pues daba la impresión de que en cualquier momento el cuerpo estallaría.

Elvia – o lo que había dejado de ella la enfermedad – permanecía en la mesa de una pequeña habitación que daba al patio. Las mujeres la habían envuelta en cobijas y de lejos daba la impresión de que estuviera abrigándose, como la imagen que entrañaba el deseo de que la madre se parará y siguiera con el tejido que había quedado a medio hacer en una canasta. Dejaron el cuerpo solo, como si de repente se fuera a escuchar el chirrido que produce la fricción del hilo con las agujetas, y así, mirar nuevamente aquellas dos manos moverse en una danza, y sus dos ojos fijos a los que se le revelaba una visión, un destino para aquella lana azulada que un día fue saco, pero que nadie quiso, y que ahora, esperaba convertirse en una manta o un tapete para la mesa de noche, pero no, la línea que trazaba el destino estaba cruzada, como una quiromancia que desde antes había anunciado que aquella lana rodaría de lugar en lugar y de mano en mano, hasta hallar un lugar oscuro y húmedo debajo de la pila, y ahí, acabaría su existencia sucia e inútil, mientras aquellas manos que algún día portaron su destino ahora yacían pálidas, casi transparentes, una mano encima de la otra cubriendo un rosario de pepas blancas.

La hija menor no pasaba de los siete años y la muerte no significaba más que ver a su madre dormir en una caja. Aquella mañana antes de que el féretro fuera puesto en la sala principal de la casa, subieron a la pequeña encima del ataúd, entonces, su hermano mayor la elevó con las manos para que diera tres saltos. Las comadres de la finada se habían vestido de negro, con la cara cubierta por las ojeras y la vejez permanecían silenciosas, guardando su voz para las letanías a la virgen. La niña dio tres saltos como jugando a la semana, y aunque las pisadas no sucumbieron al silencio, el artificio de la muerte de convertirlo todo en ausencia hizo que aquellos saltos de trueno se convirtieran en la imagen de una chispa que es vencida por el viento.

Antes de ir a la cama vistieron a la niña con una blusa de pijama, que era grande para su cuerpo y que aún guardaba algo del perfume y el jabón de su madre, según las vecinas para evitar el acausamiento, y que a la niña se la fuera a llevar la finada. Sin embargo, esa misma noche, antes de que la pequeña cerrara los ojos, escuchó que alguien abría la puerta. La pequeña pudo intuir en la oscuridad que era su madre que había despertado, y que como siempre llegaba a salvarla de las sombras que aparecían en la noche. La niña le abrazó sin abrir los ojos; su cara buscó un espacio entre los senos de su madre y de inmediato encontró aquel aroma inconfundible que desprendía de su pecho y los escapularios de la virgen del Carmen que colgaban del cuello. Nada más le hizo falta para saber que era ella, que estaba ahí, y deleitarse en la calidez del abrazo que la arrullaba.

Para la pequeña los miedos de los adultos eran como la letra de una ronda infantil, como la rima de dos palabras que sin nada que ver sonaban bien juntas, algo inentendible que a veces lograba asustarla y hacerla llorar, pero que no habían sido creadas para ser descifradas en los delirios de la infancia. Años después, quizás, habría aprendido a vivir con ellos, a esquivar con astucia aquellas palabras que le producían miedo, habría tenido que verlas de frente o ignorarlas para seguir viviendo. Pero en ese momento, para aquella conciencia que sabía de flores, canciones de cuna y juegos, la madre permanecía dormida en aquel cajón. Sin comprender las palabras de los adultos, cerraba los ojos y se marchaba a jugar con sus muñecas; Luciana sabía que su mamá pronto iría a despertar y la llamaría a comer aquel revuelto de ollucos y tomate que no le gustaba. Pero, más tarde, mientras miraba sacar las cosas de su madre le fue revelado un sentimiento que se convirtió en pregunta y que nadie pudo responder en pocas palabras. Sus preguntas parecían no tener respuesta, y aquel sentimiento nacido de pronto en la pequeña, que al no poder darle un nombre al nacido se convirtió en un dolor de estómago que no la dejaba comer

nada. Entre aguas de manzanilla y ajeno un recuerdo llegó a su mente. Eran los tiempos de villancicos y las pasadas del niño, cuando vestida de ángel regaba el camino de flores para la virgen. Y que ahora, eran lo más cercano a una respuesta, a un nombre para aquello que era evidente, pero que, sin la materialidad de una palabra, la pequeña lograba apenas intuirlo, sabía que se acercaba a ella como una sombra que traía en sus manos, recuerdos de un pasado muy, muy cercano, colorido por luces navideñas, adornado de serpentinas y una canción que le gustaba *Oh niño en cuyos ojos el Sol fulgura/ Cerrarlos acercarme de noche oscura/ Pero cierra, bien mío, tus ojos bellos/Aunque tu madre muera sin verse en ellos/A la nanita, nana/Nanita, nana, nanita ea/Si mi Jesús tiene sueño/Bendito sea, bendito sea.*

Aquellos recuerdos de canciones infantiles, de villancicos y serpentinas se mezclaron con las letanías que aquellas señoras tan o más viejas que el mismo pueblo repetían mientras pasaban las pepitas del rosario. En esa musicalidad de la casa, la pequeña reconocía la ausencia de la madre, la ausencia de su voz, pero que, al no encontrarla, al no ser material solo pensaba en que su madre jugaba a ignorarla o que podía estar enojada con ella. Sin embargo, esa madrugada volvió a su lado, y aunque ya empezaba a aclarar y la luz a meterse por entre las rendijas de las puertas, la pequeña no quiso abrir los ojos, le bastaba con saber que estaba ahí, que si estaba enojada no sería con ella.

Así pasaría tres días reflexiva mirando el féretro, esperando que mamá se levantara, y le dijera, -Luciana ve a jugar con tus muñecas y se buena niña. El llamado de su madre no llegaría mientras permanecían sus ojos expectantes, ni llegaría aquella noche cuando esperaba que su madre le arrullara los sueños.

A la mañana siguiente hacía frío y por la ventana se podía ver el cielo gris, que para Luciana parecían nubes muy enojadas o tristes, y en aquella indecisión la pequeña permanecía

acostada sin salir de la cama. Serían las ocho de la mañana cuando en el pasillo se sintieron unos pasos suaves e inconfundibles. La puerta se abrió, y junto al chirrido de las bisagras se escuchó una voz que había traído con ella a todos los vientos del pueblo, hasta aquellos vientos malditos que hacían persignar a las mujeres y que evocaban el nombre de Caín errando por el mundo, los vientos de agosto que hacían remolinos con el polvo de las calles y llenos furia hacia rechinar las tejas hasta hacerlas aullar, un aire polvoriento levanto las cobijas e hizo mover las cortinas de las ventanas. La niña que tapaba su rostro a dos manos escucho su nombre que se esparcía por el cuarto, un grito que la llamaba “*Vamos Luciana*”.

La pequeña no quiso regresar a ver, espero a que se acostara a su lado, pero no paso. Solo después de mucho tiempo una noche de fuertes vientos recordó esa voz que la había llamado mientras dormía, y quizás, volvieron a su mente aquellos momentos de su vida infantil, pero los recuerdos tomaron forma de un sueño muy vivido, y al final, sin querer abrir los ojos y aun somnolienta, con las cobijas en la cara pensaba en que si hubiera regresado a mirar a su madre seguro habría muerto. Los recuerdos se hicieron sueños, y de ahí, no paso mucho para que se olvidaran, pero quedaran en ella como una marca, como una herida en la espalda que dolía, pero incapaz de curarla por sí misma, de conocer siquiera su existencia se manifestaría en terror a la oscuridad por aquellas sombras que la persiguieron desde niña.

Aquella mañana la vistieron toda de blanco que parecía uno de los angelitos que se ponen encima de las tortas de bautizo. Para entonces, aquellas preguntas sin respuesta, sin articulación con una palabra que le permitieran entender que pasaba, se habían convertido en la sensación de que en cualquier momento se tragaría la lengua. Y esa tarde cuando las campanas de la iglesia sonaron, Luciana sentada en la entrada de la casa miro que sacaban a la madre en procesión hasta la iglesia, permaneció en silencio, pero por dentro un clic clac replicaba en su cabeza, como una

orquesta que acompañaba el compás de las campanas que anunciaban al pueblo el último adiós; El clic, clac de reloj, que subía poco a poco por su esófago, y que si no hubiera sido porque se mordía los labios con fuerza los habría escupido en medio de todos.

Al terminar la misa, el féretro desfiló por las gradas de la iglesia y la procesión siguió hasta llegar al cementerio del pueblo, un lugar en una loma, en donde los ataúdes simulaban edificios. Estando ahí, su padre y hermanos encerraron a su madre en un hueco que taparon con ladrillos; como si quisieran que mamá no saliera nunca. Aquella imagen que la niña contemplaba con la boca abierta hizo que aquella asfixia subiera hasta el rostro, entonces, las lágrimas y la rabia aparecieron, entonces tuvieron que llevarla a rastras a casa, pero ella, se apoyaba con fuerza de los barrotes de la puerta principal del cementerio y gritaba `déjenla salir de ahí, ella va a despertar. Esta muy enojada con ustedes`.

En los hijos mayores los llantos se hicieron un gruñido, una tos seca que deformaba sus rostros y que fue más fácil lidiarlo en el delirio del alcohol, sin mirarse entre ellos, sin hablarse entre ellos, ni con nadie. Perdiendo la razón por un momento, salvándose de la angustia de ver aquellos rostros deformes que se retorcían y lloraban.

Doris, la hija mayor de Elvia, tomó el lugar de una madre. Ya no había tiempo para llorar, solo para superar la juventud y ser fuerte por sus dos hermanas, que aún eran niñas y que al no reconocer aun que era la muerte, a su parecer, la utilizaron como un chantaje para cumplir sus caprichos.

Fueron tres días que la casa familiar fue invadida por un grupo de mujeres y sus maridos que se movían por todo lado con ollas y animales para sacrificarlos, algunos rezaban en la sala y servían el café para los que acompañaban el velorio, y otros que nadie conocía, pero que igual

estaban. Al final llegaron comadres y compadres, ahijados y ahijadas, conocidos y desconocidos que decían venir de la vereda de donde provenía Elvia. Un caserío de pocas casas en medio de lo inhóspito de la montaña. Y allá un río y una casita de paredes de barro, el aire frío y fresco que se penetraba muy adentro, y Elvia sentada frente a la casa esperando que el sol la calentara, mientras peinaba sus cabellos que empezaban a tomar un brillo como la plata, y ahí, como parte del paisaje verde y marrón estaba ella descansando, y desde ahora para siempre.

Pasados los tres días de velorio la casa quedó desolada. Las pertenencias de Elvia ya no estaban en los armarios ni en la cocina ni en ninguna parte, todas aquellas cosas que habían significado el paso de ella por la casa se habían vuelto invisibles: su anillo de matrimonio, su juego de ollas de bronce y la loza para fiesta, aparecieron con el tiempo en otros lugares, en la mesa y en las manos de otras personas. Solo hasta que pasaran los años, en un baúl olvidado en el soberado de la casa, donde Elvira, su primera nieta, nacida un año después de su muerte, encontraría un mechón de cabello y una caja de dientes que alguien le arrebataría de las manos, y fue así, como quedaría para siempre en la memoria de la pequeña aquel único recuerdo que significaría su abuela y el rastro de ella por el mundo.

La Historia Que No Quería Contar

De rodillas en el piso ella tiembla, las losas de barro son duras, frías, húmedas. Su padre se ha quedado dormido en una butaca vieja. Ella se levanta del piso con las piernas encalambradas. Cuando sale del cuarto el sol le afecta los ojos. Pone las ollas en la candela antes que su padre despierte y empieza a gritar por toda la casa que su hija es una inútil.

Mientras el agua llena la olla, Domitila sueña, sueña en un lugar para ella y su hermano, sueña con un hogar lejos, lejos de la mirada de su padre, aunque ella no conoce sus ojos, sabe que la mira y que prefiere huir de esa mirada. Sin producir ningún ruido, prende el fuego y pone la olla. La sensación de estar de rodillas en las losas de barro y pedir perdón sin saber porque, esa es la mirada de su padre.

En un momento recuerda sus sueños, pero ya no queda nada de la imagen nocturna, solo la sensación en su cuerpo, que le eriza la piel y la hace despertar del trance, como el desespero por volver al presente y olvidar aquello. Siendo muy niña su madre en las noches le contaba sus sueños, eran cuentos muy reales, muy vividos que ella escuchaba y luego se quedaba dormida. Cuando aquel hombre llegó a vivir a la casa ya no hubo lugar para ella, habría de pasar a dormir con su hermano que siendo un bebé se despertaba a buscar el seno de su mamá. La madre algunas veces antes de dormir y para no despertar aquel hombre le cantaba entre murmullos “De colores, de colores se visten los campos en la primavera. De colores, de colores son los pajarillos que vienen de fuera. De colores de colores es el arco iris que vemos lucir. Y por eso los grandes amores de muchos colores me gustan a mí. Canta el gallo, canta el gallo con su kiri kiri kiri kiri. La gallina, la gallina con el kara, kara, kara. Los pollitos, los pollitos cantan con el pio, pio, pio, pio...”

La sangre que cae en las baldosas, el olor a carne chamuscada. En sus súplicas estuvo Dios, pero él no estuvo ahí. Los gritos y los rumores se esparcieron antes que el olor inundara las calles del pueblo, y antes de que llegaran las seis de la tarde se apagaron luces, se cerraron puertas, ventanas y conciencias para olvidar los gritos desgarradores y el olor a carne humana al que olerían las calles del pueblo para siempre.

La inconciencia le hizo perder la cuenta de los días que llevo en cama; para cuando despertó de aquella larga fiebre, la carne aún seguía desprendiéndose del cuerpo y guadijeando un líquido blanco y verdoso que escurría cada vez que se erizaba por el frío; el líquido que se mezclaba con lágrimas desprendía un olor a ramas quemadas y óxido. Al lado de su cama siempre hubo un balde de agua con hierbas que la mujer de aquel hombre le dejaba cuando salía a trabajar con el niño cargado en la espalda y le decía –levántese que por eso no se va a morir– de la voluptuosidad del seno solo quedó un bulto que ella misma en los baños de hierbas iba moldeando y que al final, cuando la piel consiguió pegarse a la carne, quedaría un seno sin vista y sin destino.

El seno que nunca se secó, del que siempre brotaba algo de agua, el seno malo como decía mamá Domitila hasta las últimas luces de su vejez. El seno que siempre tuvo que lavar con hierbas, sobre todo cuando enfermaba de esas fiebres que la dejaban inconsciente por varios días y que las sobrevivía por el olor de las aguas aromáticas, que alguien le ponía al lado de su cama y de una vecina que la curaba del mal aire. Siempre lavó al seno malo y lo vendió con la esperanza de que algún día secara la herida, la grieta, esa gran zanja que quedó en su pecho como si le hubieran sacado el corazón del cuerpo, una marca que llevarían sus hijas, hasta el punto de llamarles en el pueblo “las descorazonadas”, aquel ramilletes de mujeres que serían reconocidas

por aquel cabello abundante y negro que aun hasta el día de sus muertes siendo ancianas se resistiría a blanquear, y que serían recordadas por las habladurías de la gente del pueblo.

Una noche de inocentes como cualquier otra, los sátiros del pueblo, los hijos bastardos de alguna familia se complacían pintando en las fachadas de las casas aquellas maldiciones de las familias del pueblo que nadie quería nombrar, pero que por maldad o locura pintaban con letras rojas. La noche de inocentes era suya, el pueblo les pertenecía, era el único día del año en que aquellos hijos del pueblo que todos habían odiado y abandonado podían pasar factura y que si hubiera sido por ellos hubieran quemado todo el pueblo, pero el deseo de ver las caras de espanto de los señores de buen nombre y las señoras beatas les complacía. Aquello se había convertido en un deber, el deber de mostrar que en aquel pueblo todos eran hijos bastardos como ellos y que debajo de aquellas miradas de reprobación y arribismo se ocultaba en cada familia la deshonra. Una bomba que les estallaba en la cara cuando al día siguiente miraban sus casas pintadas y con desesperación limpiaban antes que los vecinos despertaran.

Los Romelias eran los hijos de una mujer que vivía en una casa de bareque en una vuelta del camino y que años más tarde, el lugar se convertiría en una ocupación de casas de bareque, donde vivía gente muy pobre y que los vecinos llamaría el barrio de los condenados. En aquella casa, ella pariría un par de gemelos una noche de luna menguante, la noche en todo lo que toca la luz de la luna lo maldice, los niños fueron tocados y la placenta no fue enterrada en la tierra, sino fue devorada por la mujer. Al menos esos eran los rumores que se contaban de la vieja Rosa, a los que algunos decían haberla visto volar por las noches y haberse sentado encima de sus otros hijos, pues no era raro verla aparecer con una gran barriga, y luego, muy delgada hasta los huesos. Cuando crecieron, los Romelias serian conocidos por ser bandidos y traidores que donde quiera que estuvieran siempre pasaban las peores cosas.

Un veintiocho de diciembre las hijas de Domitila escucharon murmullos afuera en el camino y un estruendo en la calle que las hizo salir asustadas de sus camas. En la calle se podía ver una nube de humo y el olor a pólvora. A la mañana siguiente encontraron en la fachada unas letras rojas que decía “Tetis quemadas”. Las mujeres con desesperación limpiaron la pared con agua y jabón, y pintaron con cal aquellas letras que parecían estar pintadas con la sangre del mismísimo diablo. Así, sus hijas y nietas tendrían que hacer vigilia en la fachada cada día de inocentes, lo que las llevo con el paso de los años a crear una especie de soberbia y orgullo que se expresaría en malas palabras e insultos aquellos que las alzarán a mirar en la calle.

Elvira

Una noche de frio y de vientos que como cada agosto despertaba a los perros y a las gallinas, toda la familia escucho que raspaban la tierra acumulada en el soberado de la casa, un rugido de una boca que se retorció, como un animal salvaje que buscaba salida en medio de la oscuridad. Todos sintieron los ruidos y el cantar del gallo a media noche, pero nadie se atrevió a salir de su cama, quizás por superstición, o más bien por miedo; temían que la madre desde otro plano de la existencia estuviera reclamando sus pertenencias, como si la pequeña de diez años al esculcar en el pasado hubiera despertado en la conciencia de la familia el luto nunca nombrado y un grito de los antepasados que jamás se volvieron a recordar.

Elvira entre las cobijas escuchaba que algo rasguñaba con furia la tierra del soberado, que abría los cajones y que sin duda buscaba algo. Solo sus ojos como dos diamantes negros que parecían ver más allá del mundo se veían en la oscuridad de la noche, y que, después de los ruidos vendría un silencio sordo, zumbo, que fue roto por el murmullo de sus padres desde el otro cuarto. Cinco años después, el día que su abuelo falleció recordaría los ruidos de aquella noche y la imagen de un mechón de cabellos plateados atados con un cordón. Pero aquel recuerdo sería una fantasía de niña, un delirio de la sensibilidad de la cual había sido dotada desde el día de su concepción en una casa deshabitada y árida por el luto de la madre y también abuela. La casa familiar que aún tenía en la puerta principal un moño morado, polvoriento, y el zaguán en el que aún se percibía un fuerte olor a azucenas.

Aquella pequeña de figura que podía llevársela el viento fue concebida una noche cuando uno de los hijos de Elvia había vuelto del trabajo. En vida su madre le había dicho que quien trabaja hasta muy tarde, es porque pide la ayuda de las ánimas, y aquella noche que había

empezado con un páramo espanta bobos, había terminado en una fuerte lluvia que limpio cada hoja de los campos y todas las calles del pueblo. El hombre siguió trabajando hasta que la lluvia parara y mientras labraba un tronco, escucho una voz que vino desde el techo y le dijo, *te ayudo...* aquel hombre espantado dejo todo como estaba y persignándose volvió a su casa con la cara pálida y mirando hacia atrás, como si hubiera toreado a un animal y lo fuera persiguiendo. Logro alivio cuando cerró la puerta de la pieza y encontró en la cama a su mujer ya durmiendo. Se sentó e intento calmar su respiración agitada. Afuera las tejas de zinc alborotaban el sonido de la lluvia, que parecía que no iba a parar de llover nunca.

Sé quito la ropa húmeda, pero tenía la mente en otra parte, eran los pensamientos o los recuerdos de aquellos tiempos cuando siendo un niño le pedía a dios que no lloviera nunca, que lloviera cuando papá y mamá ya hubieran vuelto a casa; recordaba una noche que parecida como esa, en aquel lugar inhóspito de la montaña, en aquella casa de paredes de barro había oscurecido, se escuchaba el ruido de los cusungos que aparecían debajo de la cama y en la cocina, el llanto de sus hermanos y las goteras del techo que caían en un trasto viejo. Volvió a sentir aquel tipo de miedo que se parecía mucho a el hambre, al frio, al abandono... que se parecía mucho al olor de los corrales de las gallinas, y que de solo evocarlo le subía del estómago un sabor amargo que no valía la pena despertar, tomo agua y se metió en las cobijas.

Sintió la calidez de la cama y del cuerpo de su mujer, y aunque hubiera preferido dormir tenía miedo de cerrar los ojos, de escuchar aquella voz que le había ofrecido ayuda y aún peor verle el rostro en la oscuridad de su mente; toco a la mujer y le trato de contar lo que había pasado, pero no despertó. La lluvia se hacía cada vez más fuerte y un sudor frio le escurría en las manos, trataba de rezarle a su madre, de pensar en el alivio de sus brazos, pero ella ya no estaba, a nadie le interesaban sus penas. Cerró los ojos, pero lo atormentaba el ruido de la lluvia, sentía

la respiración suave de su esposa y quiso imitarla para conciliar el sueño, aquel ronroneo, aquella calidez lo arrullaron como un niño.

En aquel sueño liviano era consciente que había perdido a su madre y aquella mujer que lo acompañaba era lo único que tenía, y por eso temía perderla, por un momento lo supo, era su gran verdad, pero también su gran secreto y que de tanto ocultarlo un día lo olvidaría. Emiliano Cabrera pensaba que la dignidad de un hombre estaba en su fuerza, por eso al verse débil en una cama, débil frente a su esposa supo que esa era una bochornosa verdad, razón por la que años más tarde dormiría solo en un catre que él armaba cada noche en la sala de la casa, aun cuando podía dormir en cualquier otro cuarto, quizás, como un reproche a su mujer que le recordara sus obligaciones maritales, o más bien, un reproche hacia sí mismo, traído desde el inconsciente que hacía visible el hecho, de que en algún momento de la vida había conocido una verdad, pero había sido muy cobarde para afrontarla.

A eso de la media noche, debido a la tos y la fiebre de Emiliano Cabrera, Victoria despertó. Ella tocó su frente y le puso unos trapos húmedos, pero Emiliano seguía tosiendo y diciendo que le dolía. Ella le apoyó la cabeza en sus piernas y vio una gota de agua enredada en las pestañas, una lagrima que estaba a punto de confundirse con sudor. Ella sumergió un trapo en agua y le limpió el rostro, sintió compasión pues lo que parecía una tos, era en verdad que su esposo estaba llorando desconsolado. Su llanto sonaba como una neumonía, como si las lágrimas sin saber por dónde debían salir se hubieran enredado en la garganta e invadido de agua los pulmones. La mujer que nunca lo había visto llorar, ni en el velorio de su madre, lo arropo, y sin palabras, ni testigos, sentiría llorar en la oscuridad a aquel hombre, que sin saber cómo llorar se retorció, como un enfermo condenado a muerte. Emiliano Cabrera en medio de los delirios decía -me duele, me muero. A lo que Victoria le pregunta - ¿Dónde duele? -No sé, me han robado lo

que me dolía y me han dejado solo el dolor- Contesto Emiliano. Victoria vería envejecer a Emiliano Cabrera conociendo la verdad de su llanto, en la contemplación de aquellos ojos que a falta de un corazón que regar se fueron marchitando como las coronas de azucenas que aun seguían frescas después de quince días de fallecida su madre.

Cuando el gallo canto a la madrugada, Victoria tenía los ojos pegados al techo, miro a Emiliano y dormía profundamente, de pronto las nubes habían despejado el cielo y una luz plateada entraba por la ventana. Victoria miro el reloj, son las tres, piensa que no puede ser la luna, debe ser el sol. Pero aquellos rayos plateados como las canas de una anciana, de donde vendría sino de la luna. Se para de la cama, sale al patio, las azucenas del funeral de su suegra siguen ahí. Victoria mirando al cielo, encontraría la iglesia y la luna que iluminaba a la señora morena, entonces, algo le diría que aquella luz de luna la había preñado, era una promesa de la morena que había engendrado siendo virgen y que ella, Victoria, sin poder concebir hijos de Emiliano Cabrera también concebiría sola.

Las lágrimas estancadas en el cuerpo de Emiliano habrían de encontrar un lugar donde esparcirse en el mundo. En medio de un llanto, un gemido que encontrarían desahogo en medio de los espasmos de los cuerpos que no conocen la diferencia entre el placer y el dolor. Ahí, en ese orgasmo que parecía un llanto, un exorcismo, había sido concebida la primera nieta de Elvia. En medio de una tristeza que hallo por primera vez un lugar cálido y vivo en donde podía habitar y ser nombrada.

Pasaron algunos meses, pese a la ausencia de menstruación y a aquella visión nocturna, Victoria no padecía síntoma alguno de embarazo, su vientre estaba igual de plano que antes y todos los padecimientos que las demás mujeres vivían en los primeros meses ella no los conocía. Producto del cansancio y la ausencia de su regla había pensado visitar al médico, pero si algo se

lo había impedido era la incapacidad de explicar a alguien más, como hace meses no menstruaba después de que la tocara la luz de la luna llena.

Una tarde, Victoria tomaría la hoz blanca que colgaba en los huecos donde se había desmoronado la tapia e iría cuesta arriba hasta llegar al camino de la niña Estrella, un camino rodeado de árboles de lado a lado, con una sequía por donde pasaba el agua cuando llovía, pero que, en tiempo de calor, era un túnel, un camino cubierto por las raíces de los árboles, el follaje y la mala hierba. Ahí, entre las raíces de los robles y eucaliptos crecía el tipicuy, el pan con queso y el corazón herido que hacían a los cuyes y conejos muy grandes y fibrosos. Por eso, Victoria cogería sequia arriba arrancando de un lado y otro las hierbas para sus cuyes.

Cuando había caminado mucho, encontró una planta que le impedía el paso, era una enredadera que se había colgado de las raíces de los árboles, y que, cuando la tierra aún estaba húmeda se había arrastrado por todo el piso y había metido sus raíces en lo más profundo. Victoria la intento echar abajo con la hoz, pero las hojas estaban tan duras que parecía estar defendiéndose a como diera lugar.

De la enredadera colgaban flores de color amarillo, como estrellas que bailaban con el viento. La planta, aunque dura e imponente, tenía unas delicadas ramas encrespadas que se unían unas a otras y no dejaban abrir paso. De pronto, el follaje pareció tensionarse y las ramas se movieron de arriba y abajo. Victoria metió su mano entre la espesura y toco algo, una redondez, lisa y grande. Las ramas se tensionaban con fuerza, con sus dos brazos siendo sacudidos, Victoria saco del ramaje una calabaza grande y perfectamente ovalada. El ramaje se cayó al piso de pronto, dejando algunas calabazas tiradas. Victoria metió la calabaza en su saca y regreso a su casa.

Cuando regreso a casa, Victoria partió en dos la calabaza, le quito las pepas, pero la pulpa era tan fina que parecían cabellos enredados en pepitas ovaladas y yuspiosas. Toda la pulpa la pondría entre el dulce de panela y la mezclaría con el clavo de olor y la canela. Revolver sin que se pegara le llevaría toda la tarde. La casa olía a dulce y ella daba vueltas y vueltas con una cuchara de palo. Eran las diez de la noche y el dulce estaba listo, pero aun caliente para ser servido. La madre de Victoria le dijo -coma no más, mañana ya es tarde. Vera que no le hace mal. Victoria probó un poco, pero luego no pudo parar de comer. Su estómago quedó a reventar, que de pronto sintió como el estómago le empezó a crujir y a moverse. Aquella noche, antes de despertarse con una barriga de cinco meses, Victoria tuvo el sueño de una pequeña niña que salía de la calabaza y que ella perseguía por el camino de la niña estrella; la despertó de aquel sueño el movimiento de sus entrañas, pero no eran sus entrañas, eran las pataditas de un bebe.

Cuatro meses después nacería Elvira. Aquella mañana sería despertada por el canto de una tórtola y en medio de sus piernas encontraría él bebe que había parido en la noche sin dolor alguno. Victoria tomó a la criatura entre los brazos y recordaría aquella tarde en el camino de la niña estrella cuando había atendido una cosecha de calabazas. Pudo mirar a la pequeña por un rayo de luz que entraba por el dintel de la puerta, y miraría una niña pequeña redonda de bien nutrida, ahí, Victoria reconocería sus ojos en aquella mirada, pero una fuerza que nunca supo de donde provenía. Solo años después cuando su madre le mostro la única fotografía de su padre, un hombre que decía ser guaquero y que veía fuego donde había tesoros de indio sepultado, solo hasta ese momento, Victoria habría de comprender de donde había heredado aquella mirada su pequeña hija Elvira.

Mamá Domitila

El niño llora, pero ella no lo mira, no le dice nada, el niño llora más fuerte y ella dirige hacia él una mirada furiosa, el pequeño se atraganta con su propia saliva y se aleja sollozando. La mujer se acerca y le mete un pedazo de pan en la boca y el niño se pone morado. -ya deja de llorar o te voy a dar para que llores de una vez por algo- dice mamá Domitila, mientras se mueve con su faldón pesado que ata con un cordón ceñido a la cintura y una blusa de vuelo y encaje, el cabello negro y profundo como sus ojos, que es detenido por un par de pinzas plateadas. Su cabello espeso que de anciana sus hijas cortaran y enterrarán en el patio de la casa; un largo mechón de cabello color plata y de hebras gruesas que ninguna de sus hijas pudo peinar y trenzar cuando a causa de su vejez ella no lograba hacerlo.

Mamá Domitila abre la tapa de las ollas, mientras mira al niño de reojo que solloza. Lo toma de la camisa y lo saca de la cocina –ve para allá, longo sucio. Pero el niño se queda mirándola de afuera de la cocina, con su cara sucia de hambre y el pantalón corto que alguien le regalo, sollozando se come la mugre que encuentra en los bolsillos. Mamá Domitila balbucea palabras inentendibles como si regañara a las ollas y al fuego.

Cuando mamá Domitila tuvo su primer hijo, los vecinos lo supieron porque aquella creatura no paraba de llorar en las noches, aquel llanto de recién nacido se confundía con las peleas de los gatos en los techos. Las mujeres decían entre ellas –que le meta la teta, la única que tiene y calle a esa guagua. Mientras que mamá Domitila daba vueltas con el niño en brazos, que cuando cerraba los ojos, ella lo separa de su pecho y lo intenta dejar en la cama, pero apenas se despegaba la mejilla del seno, el pequeño empieza a llorar.

La boca del niño es muy pequeña que no puede coger el chupón del tetero, ella lo deja gotear en su boca, pero todo se riega en la ropa del niño que sigue llorando. Resignada mamá Domitila lo pone nuevamente al niño en su pecho y este agarra el pezón con fuerza, con desesperación, pero ella ruega que le abastezca la leche, pero no. El niño exprime con su pequeña boca todo lo que puede, pero ya no sale nada. Mamá Domitila lo levanta, y lo pasea, pero la criatura quiere más, siempre querrá más. Es todo lo que puede dar su seno bueno, como ella le dice. Deja que el niño siga succionando, aunque no haya nada, solo un seno flácido y un pezón adolorido. El niño la mira agradecido, con la ternura de cualquier cría que reclama lo que es suyo, pero mamá Domitila tapa con su chalina azul oscuro y de líneas blancas su cabecita. No quiere recibir sus miradas, ni caricias, ni agradecimiento, solo hace lo que debe hacer, el deber de una madre.

Habían llegado las fiestas del pueblo, y ahí, mamá Domitila conocería a un hombre de tez negra, ojos rasgados y cara severa. Aquel hombre que no paraba de mirarla y que trabajaba cuidando cerdos, y que también los pesaba y los vendía. Aquel hombre vivía en una pequeña casa en un lugar cerca de una chorrera, sería en esa casa, en la oscuridad de la noche donde después de apagar el fuego y acostarse juntos, aquel hombre metería las manos en la blusa de Domitila, y ella saltaría de aquella cama como si hubiera visto al mismo diablo, y que, a él, sin importarle la mirada de Domitila, la toma por el brazo y la hace caer en la cama. La carne esta dura y nada excitada, no da paso a nada. Aquel hombre enojado le mira los ojos en la oscuridad con furia y odio, como aquel que mira a su enemigo y de un golpe en la cabeza la deja inconsciente.

Mamá Domitila daría nueve meses después a un pequeño y cada año daría de parir un hijo nuevo de aquel hombre que veía con ojos perversos a aquella pequeña que, no siendo su hija, era la hija de Domitila, y que más tarde, abusaría de ella, cuando aún era niña. En los mandados al almuerzo de su padrastro aquella pequeña perdería su infancia y también su juventud al dar a luz

a un hijo que perpetuaría en la raza la única forma de ser hombre en el mundo, donde los hombres, eran sombras que se movían por la casa y reclamaban lo que era suyo desde la perversión y la locura.

Cien años después la tumba de Mecías Tumbaraco aparecería destruida y lo que, quedada de aquellos restos expuestos a todo el pueblo, y un mensaje en tinta roja y violeta que decía “Mecías Tumbaraco es un violador” “a los violadores no los dejaremos descansar en paz”.

Nunca se sabría como el amor había nacido en aquellas personas de un pasado muy remoto, y que quien, los recordaría sería por un álbum familiar en una caja de recuerdos y una marca en el corazón que dolería a todas las mujeres de la familia, una tristeza heredada, las noches de lágrimas por dolores invisibles que se fueron quedando para siempre en ellas.

Mamá Domitila cargaba con Margarita a todos los lugares y cuando Mecías Tumbaraco la había dejado, Domitila cogió todo lo de ella y se marchó con la niña en una mano y sus cosas en el otro, buscando a Mecías, de calle en calle y de lugar en lugar.

Su madre, que en paz descansa, le había heredado un pequeño huerto y que un día tuvo que venderlo para seguir en la búsqueda de aquel hombre. Sin resultado alguno, Mamá Domitila vendió todas sus propiedades por plata que se gastaba en aguardiente o por bultos de maíz, que luego echaba a la olla, más sus hijos guardarían el rencor de su madre por no haberles dejado ningún bien terrenal, de casa en casa de sus hijos, se la tiraban los unos a los otros e iría a morir en la casa de Margarita, en una cama donde era difícil levantarla y llevarla de lado a lado, ahí su piel se tulliría, su carne hasta el último momento olería a hierbas quemadas. Antes de morir, sus brazos aletearían como una mariposa antes de levantar el vuelo, y luego, cerraría sus ojos de esmeralda para siempre.

Los pájaros rojos

Las palabras de Josefina bailaban con el sonido de los árboles, ya nada podía perturbar la paz de su vejes. Estando así, callada, contemplativa, hacía pensar en aquellos años cuando sus hijas tenían que callarla por imprudente, o más bien, por decir lo que los demás pensaban, pero nadie decía. Nada pudo callarla, ni sus hijas, ni el pereque de las vecinas, ni el grito de sus hijos, nada pudo callar aquel grito vehemente ¡vida hijueputa, a mí me callan cuando me muera! Ahora, de verla callada, con la mirada en los árboles, hacía pensar que la vida se le había ido convirtiendo en un vivir hacia atrás, como un truco del tiempo que le hacía confundir el pasado con el futuro.

Sentada en el llano junto a su bisnieta, la mirada de la pequeña la devuelve por un momento al presente y la reconoce, le sonríe. De pronto ella tiene la misma edad de la pequeña Elvira, recuerda aquella imagen en el árbol, en aquella ladera detrás de la escuela donde los pájaros silbaban y el viento hacía crujir los árboles secos, el olor leña partida y la tierra húmeda.

Josefina se levanta el follado y mira a todos lados, el líquido amarillo y caliente cae en el árbol mientras ella detiene el follón con las manos. La escuela era un potrero que no tenía baño, apenas unos cuartos que servían para refugiarse del agua y del sol, algunos asientos y tableros de tiza. Alguien la llama desde el otro lado de los árboles, Josefina se sube los calzones y como puede correr buscando la voz que la llama. Corre más por miedo que por urgencia, corre porque le da miedo ir a aquellos árboles a orinar, porque siempre ha sentido que alguien la observa, a veces mientras lo hace canta la canción que le enseñó la maestra y orina rápido, para salir corriendo. Esa u otra razón tendría Josefina para no volver a la escuela, lo cierto es que todo

sucedió un día frío, cuando soplaba el viento y los árboles se tambaleaban y crujían. El cielo estaba gris, pronto vendría una tormenta.

En el patio mira un pájaro, un pájaro con el pecho colorado que Josefina espanta con unas piedras. Recuerda que su madre le llama pájaro asesino. Un pájaro que, por silbar a una mujer casada, quedó manchado el corazón de la sangre de la mujer, cuando el marido al escuchar estos silbidos como de un hombre la mató por celos. La pequeña espanta al pájaro y busca un lugar para mear dice ella, se sube al follón y empieza a sentir miedo, que alguien venga o que la estén mirando, el pájaro empieza a silbar nuevamente desde un árbol. Josefina termina y mira hacia arriba, buscando al pájaro, pero en lugar de eso se queda la boca abierta e intenta gritar, pero no puede, habría de pasar dos semanas sin decir palabra y ya no volvería más a la escuela.

Josefina despierta de sus recuerdos y frente a ella Elvira trepa un árbol como la cría de un animal que se mecía con los arbustos; era parte del paisaje, de aquella danza entre los árboles y el viento, aquellas músicas que entre crujidos y ecos producía una vibración que Elvira disfrutaba. La anciana se queda pasmada como si hubiera visto al diablo, sin poder gritar, con las manos en el corazón se inclina para recuperar el aliento. La pequeña mira a su abuela, corre por el prado y de ver a su abuela sin respiración la abraza y llora. Josefina al solo verla y sentir sus brazos se calma, respira mucho mejor y le dice —no llore mijita, pero no se vaya para los árboles, que me da mucho susto que algo me le pase.

Elvira no comprendía que malo podía pasarle en los árboles y solo habría que entender este miedo, cuando jugando con las muñecas sintió que algo la observaba, unos días después de que la madre le contara que en aquella casa aparecía una mano negra que le había sido cortada a un ladrón, que rondaba las casas y las esculcaba, buscando las demás partes de su cuerpo mutilado. No volvió a jugar en aquel lugar nunca más.

Despedida

Cuando desperté de aquel sueño sentí culpa, debí estar ahí, el día de su muerte.

Josefina falleció un 8 de enero en la casa de uno de sus nietos, había permanecido varios meses en cama, con los ojos cerrados a la espera de que el cuerpo se diera por vencido, cuando abría los ojos no había una mirada, solo dos luceros blancos que vibraban al son del ronroneo que provenía de su garganta.

Le pregunto a mi abuela que hace vendiendo rosas, todas rojas ordenadas en tarros. - ¿Porque no ha ido a la casa?, le pregunto, y ella me contesta que ya no puede ir donde yo vivo. Miro las rosas que están frescas e invaden con su aroma toda la calle. -Ira a la casa alguno de estos días, le insisto, y ella me contesta –bueno mijita, Dios me la bendiga– me voy mirando hacia atrás su puesto de rosas, todas rojas, de pronto me encuentro en un cerro, subiendo un camino lleno de rocas, el viento frio que me congela la nariz levanta mucho polvo, tanto que me seca la boca. Un afán sin sentido me hace subir rápido antes que anochezca, miro el cielo y parece que son las cuatro, a mi alrededor solo hay montañas y el camino empedrado; avanzo y encuentro una casa vieja de paredes pintadas con cal. Alguien está en la puerta y me dice –venga a tomar café– Desde el camino le grito que debo llegar antes de la noche. Me vuelve a decir – venga, que acá esta su abuela– la cerca está abierta, entonces entro a la cocina de carbón, las paredes negras, el olor a humo y los sonidos a animales corriendo en aquel lugar oscuro, todo era tan real que al cerrar los ojos puedo volver a verlos en mi mente. Al fondo está mi abuela –venga mijita, siéntese aquí en mi chalina, tome café y se va– le recibo el café y me dice que no tenga miedo, que ella viene todos los días por aquí. Tomo café y salgo –la bendición abuela –Dios me la bendiga mijita, me le lleva esto a su mamita. El saco es pesado, pero el cielo ha aclarado un poco que parece más temprano. Debo llegar antes de que se haga de noche. Miro hacia atrás y

veo que la casa ya no está, he caminado mucho pienso, sigo subiendo y tratando de recordar cómo era la casa, de repente pienso en la mujer que me ha servido el café, siento lastima por ella, por la finada Beatriz que había muerto hace unos días, igual que mi abuela, un frío se escurre por mi espalda, tiro el saco y corro por el camino, los perros aúllan y el cielo oscurece, no veo el camino, no sé dónde me encuentro, mi abuela ya no está, ha muerto.

El Álbum Familiar

El pastel blanco de vuelo rosa en la mitad de la mesa, encima el número diez, que marcaba el comienzo de una nueva vida, pero también, como todo lo que comienza, algo que se deja atrás. Mirando esta foto me percaté que los recuerdos de mi mente antes de soplar la vela del pastel son estáticos, imperturbables y es que la felicidad se siente como la niñez, pues la vida va pasando, mientras tú eres la única verdad. Luego de soplar la vela habría de comprender que significaba el pasado y que la vida sería volver una y otra vez aquellos momentos de imperturbabilidad de mí misma. ¿Qué había deseado? No lo sé. Siempre deseé cosas que al final tuve, una guitarra, un juego de loza, estar enamorada, estar sola, quizás siempre conocí el límite de los sueños.

Había abierto el álbum familiar, frente a mis ojos aparecían fotos de tiempos atrás, muy atrás, las fotos mostraban personas, lugares u objetos de otros tiempos, era maravilloso, me sentía como aquel que entró por primera vez a la tumba de Tutankamon. Las fotos se fueron haciendo más familiares; aparecían en estas, personas que había visto con vida, pero ya no estaban y otras que aun existían, pero que el tiempo había manchado su cabello de blanco, descubría la tez joven de mis padres, que ese entonces no se diferencian de mí ahora, deduzco que eran como yo y que un día yo estaré como ellos son ahora. El tiempo es tan justo pensaba.

El álbum se había convertido en un antes y después de estar viva, se había convertido en una línea del tiempo cuando era y no era posibilidad en el mundo. Pensaba en que quizás si alguna foto no hubiera sido tomada, entonces, yo no estaría ahí, mirándome, existiendo. Toda mi vida pasó de pronto frente a mi vista, como lo que dicen que pasa cuando una muere, pasó y no morí, pero nunca fue igual vivir la vida sabiendo aquello.

Hay una foto de mi madre del día de su primera comunión, es bonita, pero tiene el rostro rayado, la marca es profunda pero muy delgada, como si una pequeña uña la hubiera penetrado hasta el fondo. La foto muestra la primera comunión de una niña de pelo corto, vestida de blanco con una vela y un lirio en el pecho.

Era una casa grande de paredes de barro y Susana permanecía en su cama, cubierta con una cobija que había sido de su madrina y también bisabuela, amaba tanto aquel edredón que lo mantuvo cerca de ella hasta que su piel y la manta eran una sola, aquella fusión de lana, piel y suciedad se mantuvo meses o quizás años, lo cierto es que, su abuela harta de mirarla con la cobija encima la mando a bañarse, pero Susana alzo los hombros y siguió recibiendo el sol donde estaba, entonces su abuela, la tomo del brazo y la metió con todo y cobija a la pila llena de agua. Ella, salió de aquella pila escurriendo y el cabello echo una maraña, igual de sucia, pero ahora escurriendo la mugre por todo lado. Se arrastraron ella y su cobija por el patio hasta donde la alcanzaran los rayos de sol, entonces recordó aquella tarde cuando el amanecer se metía por las rendijas de la puerta y ella veía morir a su abuela Dominga con los ojos abiertos y el aleteo de una mariposa que levanta vuelo.

Mirar entre las cobijas que toda la familia pasaba con cajas de trastes y animales, era la fiesta de primera comunión de su hermana. Susana que siempre tenía la cara sucia, se había convertido en una sombra en aquella cama. Alguien había preguntado por ella, y entonces, su madre dijo —está enferma, debe ser un virus. Entonces nadie se acercó al catre donde dormía- la pequeña paso todo el día en la cama, que de verla cabeceando parecía un gato ronroneando.

Las campanas de la iglesia replicaron, y entonces, se miró caminar por el corredor de la casa, por aquellas baldosas de barro negro, una figura blanca que venía acompañada del ruido de unas pequeñas zapatillas. Era su hermana, que parecía un ángel y que hacía juego con las paredes

pintadas con cal. Todos salieron, menos Susana y una señora que cuidaba las ollas. Así que la pequeña aprovecho la soledad y el sueño de la anciana para deslizarse por la casa para robar algo de comer.

La pequeña había mirado a sus hermanas ponerse vestidos nuevos, había dejado el edredón a un lado y se había bañado, puesto alguna ropa que encontró por ahí, corrió por la casa hasta que todos llegaron, pero apenas la miraron, se burlaron de ella, alguien dijo -de donde salió este mono. Y las risas sobre su falda larga y su cabello enmarañado no pararon.

Susana corrió a esconderse detrás de una pilastra, y desde ahí, miraba a su hermana pasearse con un vestido blanco, el cabello encrespado, tan bonita y su madre la quería tanto, que ella solo era el mono de su casa. No sería nada raro que años después las niñas que habían crecido sin un padre o fruto del incesto se sintieran avergonzadas de sí mismas. En ese momento Susana no sabía quién era su padre, no sabía porque su abuela era tan mala con todos, pero especialmente con ella, lo sabría años más tarde, un domingo, cuando saliendo de la iglesia, su abuela le dijo, -ese es tu papá, ve y le pides la bendición. La pequeña distinguió a un hombre con sombrero y pantalón de paño y que aquella imagen quedaría en su memoria para toda su vida. - papá, la bendición. Aquel hombre regreso a mirar y todos se rieron a carcajadas. -quien serás, dijo el hombre y se fue.

Un año paso desde el día que llegaron las fotos de la primera comunión de su hermana y había tenido que escurrirse entre las cosas de su tío, un hombre que salía de la casa en la madrugada y volvía borracho en la noche, y que, desde hace unos años, ella debía atrancar con un palo la puerta de su cuarto, no vaya a ser que los tíos entraran y se hicieran pago de ella. Debajo de la almohada guardaba un pequeño trapo y una foto, la foto de la primera comunión de

su hermana, era lo que ella debía ser para poder ser amada por su madre, su hermana tenía al menos un padre, ella no sabía que era eso.

Una tarde de sol, después de regresar de la escuela Susana encontraría a una mujer y a su madre empacando sus cosas para ser llevada a vivir lejos. Todo estaba empacado, igual no había mucho que empacar. La mujer era una señora vieja que no había podido tener hijas y que como le faltaba compañía había negociado con su madre a Susana, ¿Cuál era el negocio? Nadie lo supo, de los motivos se supo que su madre tenía tantas hijas e hijos y bocas que dar de comer que era la única opción posible para que Susana pudiera vivir.

-mamá, yo no quiero irme con la señora, dijo Susana. -Alla estarás mejor que aquí, allá te enseñaran a no vivir como salvaje.

Susana hecho a correr camino arriba, atrás iban sus hermanos y hermanas, pero ella conocía bien aquellos caminos y las zanjas donde nadie la encontraría, después de que sus hermanos pasaron por ahí, salió por la cequia al camino que llegaba al cementerio, y ahí, saltó un gran muro para no ser vista por el sepulturero.

Susana sabía donde estaba la tumba de su abuela Dominga, la única de la casa que sabía peinar la maraña que tenía en su cabeza, que no le hacía doler y le daba baños en una tina. La lapida llevaba más de un año puesta y a su lado había una cripta sin usar, ese era su escondite secreto, y su confesionario. La pequeña cerró sus ojos y con sus manos juntas le rezaban a su abuela. -abuelita, si pudieras volver, pero como sé que no volverás, déjame vivir aquí cerca de ti, aquí no está frío, aquí estas tú que me amas.

Susana no volvió a casa y cuando la hallaron habían pasado casi cuatro días, la encontraron dormida y tiritando por el hambre y el frío. El sepulturero y el cura del pueblo la

llevaron hasta la casa que seguía igual, de pobre y fría. Ella fue hasta su cama, tomo la foto y con su pequeña uña marco la cara de su hermana, era su cumpleaños número diez y jamás volvería hacer la misma.

Relatos Maternos

I

Nació en agosto cuando las nubes se llevaban la ropa, y estas, volaban por los aires como fantasmas en el cielo. A la pequeña de tez oscura le pusieron de nombre Raquel. Ella tenía los ojos rasgados y una leve capa de cabello muy liso y negro profundo, color de cabello por la que todas sus hijas y nietas serían distinguidas de las demás mujeres de aquel pueblo, y que muchos años después, el día de la muerte de Raquel, sus hijas cortarían y enterrarían en la casa, pues pese a su muerte, el cabello se trenzaba y destrenzaba solo.

El día de su nacimiento, todo estaba en silencio, como era normal en el pueblo de casas viejas y caminos de tierra, por el que de todos lados se podía mirar una iglesia levantarse, con una virgen en lo más alto, una virgen de manos abiertas y el firmamento en su manto. Las personas que ahora vivían ahí habían olvidado que sus antepasados adoraban a la tierra y comían de sus frutos, y la gran madre era generosa con ellos. El cielo regaba sus plantas y las semillas germinaban como por magia; en una tierra bendita que se cubría de flujos volcánicos y agua traída por los vientos desde las tierras más frías. Habían olvidado también que bajo la iglesia de ladrillo y piedra yacían los huesos de sus antepasados, y que, quinientos años más tarde serían levantados con máquinas, puestos en vitrinas de conservación y enterrados en la historia.

Cuando nació la hija de Raquel, los dolores habían sido insoportables. El hombre que amaba se había ido, dejándola con el vientre pronunciado y con una casa grande de techo alto y teja de barro. Una casa vieja donde se contaba que había tesoros escondidos, placentas enterradas, y en la que cada noche, un hombre con botas y sombrero caminaba hasta el patio y bebía agua de la pila, luego se marchaba. Tanta sería la creencia por la otra vida que mamá

Margarita ponía un vaso para que el hombre pudiera tomar a gusto, ella junto con sus hijas creían que la vida tenía tanto anhelo de ser, que esta podía prolongarse por encima de la mismísima muerte.

Por la propiedad de aquella casa de bareque, Raquel, un domingo después de misa llegó corriendo y sudando frío a su casa, tras enterarse que Augusto Chindoy -el padre de su hijo Bernardo, que por aquellos días apenas gateaba- se revolcaba con la mujer mula. La historia contaba que aquella mujer se transformaba en el animal cada noche de luna llena, pues el dios clavado en la cruz la había maldecido por haber tentado a el cura del pueblo; el cual, había empacado todo en una maleta de mano y salió corriendo, después de que la sirvienta de la parroquia los vio amándose en la cuadra de la virgen -un terreno que tenía cultivado cebollas, lechugas y acelgas, y en el centro del lugar se encontraba una casa vieja con una fuente en la que los espíritus tocaban la flauta y de la cual, estos estaban adueñados-. El cura se había marchado dejando sus hábitos en la parroquia, pero también una criatura en el vientre de Carmen, por lo que todos murmuraban a espaldas de la mujer, y comentaban en las esquinas con ironía que su embarazo era obra del espíritu santo. Pese a todo, Carmen dio a luz a una niña, pero esta apareció ahogada la misma noche que nació y al día siguiente sepultada a escondidas en una cripta abandonada del cementerio del pueblo.

Raquel llegaría aquella mañana santiguándose y sacaría del armario las escrituras de la casa -con suerte la maldición de aquel hombre no tocaría a su familia, ni a su hijo-. Raquel sabía que las maldiciones que se esparcen por la lengua llegan más a las mujeres que a los hombres, y por suerte, ella había parido un varón, mas no conocía que en sus entrañas fértiles se abrigan sus hijas y nietas. Con pico y pala abrirían ella y mamá Margarita un hueco profundo en la mitad del patio de la casa, y ahí, enterrarían las escrituras de la propiedad, envueltas en un pañolón,

dentro de un pequeño baúl cerrado con clavos por todo lado. De esta manera protegieron el único bien que tenían, pues a causa de no poder heredar tierra, la herencia que le correspondía a mamá Margarita había sido repartida entre sus hermanos varones, no antes sin pactar con dos bultos de maíz la promesa de entregarle una casa cuando se casara, pero primero llegó el día en que mamá Margarita tuvo hijos e hijas, y nunca se le conoció casa ni marido.

Su afán de proteger la casa también se debía a que en los cimientos podía estar enterrado el indio, pues se contaba que Augusto Chindoy podía ver fuego en los lugares donde había guacas. Nadie sabe cómo los lazos de sangre se cultivan, pero, Elvira -la bisnieta de Raquel y Augusto- una noche de agosto, cuando el viento hacia aullar las tejas, ella tuvo un sueño en el que estaba frente a la casa de la abuela Raquel, cuando paso el portón miro a un hombre desnudo que tenía el cuerpo pintado con líneas rojas, entonces, Elvira siguió al hombre que la llevo hasta un sótano de la casa. En aquel sótano estaban los huesos de una mujer, su cráneo blanco pegado a las raíces de un árbol muy viejo, aquella imagen se quedaría en su memoria como el sol hecho de tierra; que, al día siguiente, dibujaría en su clase de artes, pero que, con el tiempo, aquella imagen sería tan solo una ilusión de su niñez. La mujer tenía una vasija en sus manos, dentro de la vasija mechones de cabello que el hombre tomaba uno a uno y quemaba, las cenizas se convertían en diminutos quindes que salían volando, entonces, Elvira era uno más de ellos, un pequeño pájaro de vuelo libre.

II

Dio a luz y arraso con violencia natural de los cuerpos que se penetran, se besan, se miran, nacen. Le llaman dar a luz al vaciamiento de pensar, al sueño y al delirio de los sentidos. Veía a las demás madres abrazar y amar a sus hijos sin preocupación. Sus hijos extendían los

brazos y eran recibidos en el nido del pecho de su madre, mientras ella veía a su hija extender sus brazos y eran un peso, un vértigo, ganas de huir, de llorar en el regazo de su hija.

Elvira mira a su pequeña hija dormir, cierra los ojos intentando conciliar el sueño, pero en sus adentros algo no la deja, un deseo de llorar que se convierte en vomito y no llega, no puede llorar. Algo le dice que no cierre los ojos, que cuando los abra su hija no estará, que mientras duerme ella misma puede hacerle daño, pero ¿cómo? No sé, se dice ella.

Antes de quedar embarazada ella estaba sola en este mundo y ahora ella seguía estando sola, aun mas sola que antes, porque ahora también estaba sola siendo madre.

III

Habían llamado a la partera del pueblo esa noche, pero Raquel seguía pujando y no salía nada, doña Julia, había dicho que era un parto seco, y que, él bebe o la madre podían morir. Poniéndole un emplasto de plantas en la barriga, los dolores habían desaparecido, pero a eso de media noche empezaron nuevamente. Raquel sin fuerza para seguir, los ojos rojos de tanto pujar y sin voz para poder gritar, pidió un poco de agua, y dijo -Virgencita de Guadalupe, ven a socorrerme, tú que eres madre y pariste con dolor a un dios. Después perdió la conciencia, pero tuvo un sueño, un sueño donde aparecía una mujer vestida de blanco, con un velo azul y le entregaba a una niña que traía con ella un vaso de agua. -La llamas Victoria, le dijo la mujer morena, entonces, despertó.

Esa mañana las campanas de la iglesia repicaron, Victoria abrió los ojos y pario como por orden del cuerpo, una pequeña con la piel muy delicada, que tuvieron que dejar en mantas de algodón sin levantarla mucho. Raquel y su madre Margarita, irían a la iglesia del pueblo con la

pequeña en los brazos para ofrecerla a la virgen de Guadalupe, y en la pila bautismal le pondría el nombre de Victoria.

Un año más tarde, las mujeres del pueblo se amontaban en las puertas de la iglesia, pidiendo que sacaran a la virgen morena, pues los habladijos decían que el cura le había quitado un pie a la imagen de la virgen, y que ya nunca más volvería ayudar a las mujeres con partos difíciles.

IV

Él bebe no succionaba la leche suficiente de sus pechos y la fiebre empezó a subir y sus pechos a inflamarse, a punzar, sus pezones se habían convertido en dos rosas con espinas que la hacían gritar de dolor cuando la bebe pedía de comer, lloraba sin consuelo, ese era su deber, con el tiempo, los ardores y las fiebres pasaron, y la bebe crecía rápido, pero para ella nunca fue cómodo amamantar, sino hasta años después, cuando su hija había crecido y le había dicho mamá no puedo dormir, entonces, pensó en los momentos cuando su hija María Luisa dormía y ponía sus pequeñas y gorditas manos en su pecho y sus mejillas eran dos manzanas rojas que le recordaban los ángeles de los almanaques de su abuela, en ese tiempo, si la bebe lloraba le pasaba el seno, si tenía hambre le pasaba el seno, si estaba triste le pasaba el seno, su cuerpo, su seno eran todo su mundo, pero ahora que, ya no podía amantarla y curar con sus sangre convertida en leche su dolor, solo podía quedarse ahí con ella.

Su cuerpo a veces le dolía, los huesos de la espalda le sobresalían de la piel, su espalda curva y debajo de sus ojos dos sombras que revelaban el cansancio y sus pensamientos nocturnos que consistían en preguntarse qué hubiera pasado si. Con el tiempo descubriría que esa imagen delgada y triste nunca apareció en ninguna fotografía y lugar público, solo ella la había visto en

la intimidad de la noche cuando se quitaba la ropa y se miraba al espejo, cuando se quedaba sentada con la bebe en los brazos sin querer moverse.

Conclusiones

Para concluir es importante reconocer que las mujeres han construido formas de utilizar el lenguaje y apropiarse de él; entre estas expresiones encontramos: la cantaleta, el chisme, el pereque, el arrullo, entre otros. Estas formas del lenguaje representan y materializan la experiencia de la mujer que habita un territorio y un cuerpo.

Así pues, la importancia de estas formas de apropiación del lenguaje es que, por medio de estas, se permite la reconstrucción del tejido social, pues la palabra es una forma de sanar las heridas morales que generan violencia, además, reivindica la memoria como un mecanismo social y político que visibiliza hechos que no deben olvidarse y exigen verdad, justicia y reparación.

De manera que, ubicar a las mujeres como protagonistas y creadoras de historias es una forma de rechazar las narrativas que las ubican como seres pasivos, dependientes e invisibles para la historia, ya que, la búsqueda de una voz narrativa permite reconocer los campos de experiencia de la mujer que ella tiene la propiedad de expresar.

Para finalizar, es importante mencionar el trabajo pedagógico y social que se debe llevar a cabo en las comunidades, especialmente en el ámbito literario, ya que, a partir de esta investigación se logra concluir que la escritura de las mujeres es una práctica colectiva y política, pues es en lo colectivo donde se validan los conocimientos y las experiencias que son importantes legar en una cultura, además, se rechazan explícitamente las violencias que no deben olvidarse para evitar la perpetuación de estos actos.

Bibliografía

- Academia Nariñense de Historia. (2021). *Historia de las mujeres en Nariño*. San Juan de Pasto: Universidad de Nariño.
- Beltran, A. (2018). *En cotidianidad [Tesis de maestria, Universidad Distrital Francisco Jose de Caldas]*. Repositorio Institucional. Obtenido de file:///C:/Users/57312/Downloads/BeltranCalderonAndresFabian2018.pdf
- Bernal, M. E. (2017). *Narrar Con Hilos: La Memoria Y La Narrativa Como Herramientas De Sanación A Través Del Tejido [Tesis de comunicacion social con énfasis en publicidad, Pontificia Universidad Javeriana]*. Repositorio Institucional, Bogota D.C. Obtenido de <https://repository.javeriana.edu.co/bitstream/handle/10554/34482/NatesBernalMariaElvira2017.pdf?sequence=4&isAllowed=y>
- Campbell, J. (1959). *El héroe de las mil caras*. México: Fondo de Cultura Economica. Obtenido de <https://jpgenrgb.files.wordpress.com/2019/09/campbell.pdf>
- Citro, S., & Batalla, S. (2014). La dialéctica de los cuerpos significantes. Reflexiones de una antropología desde los cuerpos. *Topia*, 72, 16.
- Contursi, M. E., & Ferro, F. (2000). *La narración: usos y teorías* (Vol. 5). Norma.
- De Friedemann, N. S. (1997). De la tradición oral a la etnoliteratura. *Revista América Negra*, 13, 19-27. Obtenido de <http://maaz.ihmc.us/rid=1H402M6TC-19YYNK8-1WPY/representacion%20oral%20de%20la%20tradicion.pdf>
- De Sousa Santos, B. (2010). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Ediciones Trilce.
- Duranti, A. (2000). *Antropología lingüística*. Madrid.
- Equipo Consorcio POMCA 2015 053. (2017). *Elaboracion del plan de ordenamiento y manejo de la cuenca hidrografica del rio Juanambu*. Nariño. Obtenido de https://corponarino.gov.co/wp-content/uploads/2018/08/Documento_%C3%A9tnico_Juanamb%C3%BA.pdf
- Estramiana, J. L. Á., Galdós, J. S., & Ruiz, B. F. (2007). De Moscovici a Jung: el arquetipo femenino y su iconografía. *Athenea digital: revista de pensamiento e investigación social*(11), 132-148.
- Foucault, M. (1982). *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Siglo xxi.
- Gaínza, G. (1999). Pespuntos semióticos. *Letras*, 1(31), 47-68.
- Gaínza, G. (2009-2010). Pespuntos Semioticos II. *Entretextos. Revista electronica semestral de estudios semioticos de la cultura*(14-15-16), 11-30.
- Grupo de Memoria Historica. (2011). *La memoria histórica desde la perspectiva de género*. Bogotá DC: Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación.
- Hamui Sutton, L. (2011). Las narrativas del padecer: una ventana a la realidad social. *Cuicuilco*, 18(52), 51-70.

- Heller, A. (1977). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Península.
- Jung, C. G. (1954). *Los aspectos psicológicos del arquetipo de la madre*. Barcelona: Trotta.
- Lulle, T., Vargas, P., & Zamudio, L. (1998). *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales II*. Barcelona: Antropos.
- Lulle, T., Zamudio, L., & Vargas, P. (1998). *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales II*. Barcelona: Antropos Editorial.
- Mendoza García, J. (2004). Las formas del recuerdo. La memoria narrativa. *Athena digital: revista de pensamiento e investigación social*(6), 153-168.
- Morales, G. M. (2007). *La Palabra en las Mujeres empobrecidas*. Medellín : Corporacion Educativa Combos .
- National Geographic Society . (2021). *National Geographic España*. (À. Sala, Editor) Obtenido de QUIPUS, LA SINGULAR ESCRITURA DE LOS INCAS:
https://historia.nationalgeographic.com.es/multimedia/quipus-singular-escritura-incas_17039
- Nicolau, E. G., Medina-Vicent, M., & María. (2021). Expresar la rabia femenina: las reivindicaciones de las feministas de hoy. *Mujeres y resistencias en tiempos de demanda*, 1, 9-22. Obtenido de http://repositori.uji.es/xmlui/bitstream/handle/10234/193086/gomez_2021_mujeres.pdf?sequence=1#page=9
- OAR, P. Á. (2011). *Las Maravillas de la Virgen de Guadalupe*. Recuperado el 20 de Enero de 2022, de LibrosCatolicos.org:
http://www.libroscatolicos.org/libros/mariaysantos/Las_Maravillas_Virgen_Guadalupe.pdf
- Ochs, E., & Capps, L. (1996). Narrating the self. *Annual review of anthropology*, 25(1), 19-43.
- Piglia, R. (2007). El arte de narrar. *Universum (Talca)*, 22(1), 343-348. Obtenido de <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-23762007000100021>
- Ponce, J. V. (2004). *Sobre el canon y la canonización de la narrativa en Nariño en el siglo XX*. Pasto: Centro de Estudios e Investigaciones Latinoamericanas - CEILAT.
- Quingo Revista Turística de Nariño. (2017). Catambuco Teológico. *Quingo Revista Turística de Nariño*, 1-67. Obtenido de <https://www.yumpu.com/es/document/read/58211651/revista7/6>
- Salazar, J. (2006). *La ciudad como texto. La crónica urbana de Carlos Monsiváis*. Monterrey, Mexico: Universidad Autónoma Nuevo León .
- Sanclemente, R. P. (2008-2009). Penelope y el tejido del tiempo [XVI seminario deArqueología clásica, UCM]. En U. C. Madrid (Ed.). Obtenido de <http://www.ucm.es/centros/cont/descargas/documento12336.pdf>
- Saussure, F. (1980). *Curso de Lingüística general*. Losada. Bue.
- Volpe, G. (12 de abril de 2021). *El origen textil de la escritura*. Obtenido de La vulpes:
<https://giovannavolpe.com/el-origen-textil-de-la-escritura/>

Wikipedia . (25 de 01 de 2021). *Juan Diego Cuauhtlatoatzin*. Obtenido de Juan Diego Cuauhtlatoatzin:
https://es.wikipedia.org/w/index.php?title=Juan_Diego_Cuauhtlatoatzin&oldid=141202128